

clark carrados

EN BUSCA DE LA LUZ

Clark Carrados

En busca de la luz

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 34.147 —1968

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau. 20 - Barcelona

Capítulo primero

Esta vez, la Tierra fue atacada y no fue cosa de historieta de aventuras ni fantasía de novelistas. Las naves extrañas vinieron de un remoto mundo y cuando los terrestres quisieron darse cuenta de lo que pasaba, ya habían sido derrotados por completo.

Cuidado, derrota no significa necesariamente invasión. Los atacantes ni siquiera llegaron a poner pie en la Tierra.

Estaban allá arriba, en el espacio, a bandadas, poco menos que inmóviles con respecto al planeta, pero vigilándolo continuamente, celando de que se cumplieran las condiciones del armisticio impuesto.

Por supuesto, la Tierra, cuando notó los primeros síntomas de ataque, intentó defenderse por todos los medios a su alcance.

El contraataque resultó completamente inútil. Tuvo el mismo efecto que habría conseguido un niño armado con un tirachinas enfrentándose con una docena de hombres provistos de fusiles de repetición.

Hubo terrestres heroicos que quisieron sacrificar su vida, en una nueva versión astronáutica del «kamikaze» japonés, lanzándose contra las naves atacantes, pero lo único que consiguieron fue volatilizarse con sus aparatos antes siquiera de haberse situado en posición de tiro.

Al final, la Tierra tuvo que rendirse.

Bien mirado, las condiciones de los «invasores», si así puede llamárseles, no parecían onerosos. Sólo exigían el veinte por ciento de la producción metalífera de la Tierra. Todos los metales, claro.

No pidieron dinero, joyas, piedras preciosas, alimentos o artículos manufacturados. No, sólo metales sin elaborar, apenas liberados de la ganga con la que salían de los yacimientos mineros.

Los «invasores», tras el armisticio, permitieron que continuase el comercio terrestre con otros mundos. Eso sí, las astronaves terrestres eran sometidas, tanto a la ida y a la vuelta, a un concienzudo y minucioso registro, en diversas estaciones orbitales de control, situadas a cuarenta mil kilómetros de altura.

Por lo demás, y una vez pasados los primeros meses «shock», todo continuó normalmente, salvo, claro está, un natural e inevitable aumento en los impuestos.

De alguna forma había que pagar el gasto que suponía entregar graciosamente a los «invasores» el veinticinco por ciento de la producción metalífera.

Ciertamente, la Tierra pidió auxilio a gobiernos planetarios con los que estaba en buenas relaciones; incluso a Uniones y Federaciones estelares, pero nadie levantó un dedo para liberarla del yugo que padecía.

Orgullosos de su civilización, de su cultura, de su arte, de su pasado glorioso, los terrestres habían rechazado contundentemente la menor idea de asociación, unión, federación o alianza con uno o varios planetas. «Nosotros, los terrestres», era la divisa general, no escrita, pero sentida por la inmensa mayoría de los habitantes del planeta.

Las pocas voces sensatas que se habían levantado en favor de una alianza Con tal o cual grupo de planetas, fueron ahogadas por el clamor general de un exacerbado planetarismo, que prefirió las supuestas desventajas del aislamiento a los beneficios de una alianza o cooperación con otros gobiernos de la Galaxia.

En su insularidad planetaria, los terrestres habían vivido felices, hasta que fueron atacados. Entonces pidieron auxilio y nadie acudió a socorrerles.

Y el veinte por ciento de la producción metalífera se evadía continua y puntualmente para provecho de unos atacantes que podían, si la Tierra se negaba a abonar tal tributo, convertirla en un astro muerto.

* * *

A setenta y siete años luz de la Tierra, en Ashar, capital de Eshdar, Jean Dagny, capitán de la astronave «Mont Pelée», se encontró casualmente con un viejo amigo, comandante, como él, de otra astronave.

Dagny y el capitán Bragdon eran buenos amigos. Dagny tenía ganas de conocer noticias del planeta e invitó a su amigo a comer.

—Las cosas siguen igual —dijo Bragdon, tras encargar el menú

—. «Ellos» están allá arriba y no pasa un alfiler sin que lo fiscalicen.

—Naturalmente, percibiendo su doble diezmo de metales —dijo Dagny.

—Oh, claro. No perdonan un gramo. Pobres de nosotros si intentáramos estafarles en las cantidades estipuladas.

Dagny asintió ceñudamente.

—Sí, pero, ¿cómo evitarlo? Resulta imposible luchar contra ellos, Jean; tú lo sabes tan bien como yo.

—Es una vergüenza —masculló.

—Pero una situación que dura ya más de cinco años…

—Y lo que durará, porque no tiene trazas de acabar —declaró Bragdon con acento lleno de pesimismo.

—La culpa es del gobierno anterior —dijo Dagny—. Los politicastros que lo componían, con tal de ganar votos para continuar en sus puestos, halagaron los sentimientos planetaristas de la masa y se negaron a cualquier alianza con otras federaciones de planetas. Ahora estamos pagando las consecuencias.

Bragdon no dijo nada.

Estaba de acuerdo con su amigo. Como buen astronauta, había recorrido prácticamente la Galaxia de punta a punta y conocía los beneficios y ventajas que se derivaban de una unión entre distintos mundos.

—Se nos propuso la unión con distintos grupos de planetas —siguió Dagny—. Todas las propuestas fueron rechazadas de plano. Oh, la Tierra no podía hipotecar su libertad de acción. Ahora, no es que la haya hipotecado; es que se ha quedado sin ella. Y luego dicen que el hombre —terrestre, desde luego—, es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. ¿Dos veces? Doscientas mil y hasta la próxima, en que volverá a tropezar.

»Los terrestres no hemos asimilado ninguna enseñanza del pasado. Durante decenas de siglos, el planeta fue devastado por continuas guerras entre naciones, motivadas por causas que ahora parecen ridículas. Fue preciso que transcurriesen muchos siglos hasta que las naciones se convencieran de la necesidad de deponer buena parte de sus prerrogativas en pro de un gobierno mundial. Esto acabó con las rencillas y la paz se instauró en el planeta.

»Naturalmente, no se hizo sin dificultades ni fricciones. Hubo abusos, como es lógico, pero los años fueron pasando y las naciones

más poderosas, que pretendían gozar de ventajas en el concierto mundial, fueron humillándose hasta quedar a nivel de las más pequeñas. Esto debiera habernos bastado a los terrestres para aceptar una alianza ventajosa.

«Ciertamente, no se debía concertar una alianza a ciegas, sino estudiar la más conveniente, sopesando detenidamente sus ventajas e inconvenientes. Pero una alianza con un poderoso grupo de planetas, nos habría evitado esta humillante situación.

Bragdon asintió. Su amigo tenía toda la razón.

—Ahora ya es tarde —dijo—. Cuando quisimos establecer una alianza, después de haber sido atacados, se nos rechazó sin contemplaciones. Nos merecemos lo que nos está pasando, así de clarito.

Dagny se frotó la mandíbula.

—De todas formas, habría que hacer algo. No podemos consentir que continúe esta humillante situación.

—¿Tienes algún medio de evitarlo, Jean? —preguntó Bradgdon con sorna.

—No —confesó Dagny—. Era sólo una expresión… sin valor, por lo que veo.

—Así es; y tenemos humillación para rato. Sinceramente, yo no espero que mis nietos nazcan en un planeta libre.

Tales eran las perspectivas, se dijo Dagny, mientras le servían el primer plato. Esclavitud de por vida. El hecho de que los terrestres pudieran viajar y comerciar libremente por la Galaxia no disimulaba el hecho de que eran unos esclavos de sus «atacantes».

Éstos no exigían ningún tributo especial a las naves que iban o venían, exportando e importando. Ya lo percibían al llevarse el veinte por ciento de la producción metalífera.

Pero no había poder humano que les permitiera liberarse de aquella onerosa servidumbre. Todos los intentos habían sido condenados al fracaso.

* * *

—¿Estáis seguros de que fracasaremos otra vez? —dijo Peer Dubbs, ministro de Transportes de Superficie del planeta.

—Si no lo intentamos, no lo sabremos —le contestó Link Havill,

ministro de Astronáutica.

—Corremos el riesgo de sufrir un severo correctivo —advirtió Lois Martín, la madura pero aún atractiva ministro de Sanidad—. Como encargada de la salud pública del planeta, no me gustaría pasar tres semanas de absoluta oscuridad, como ocurrió la última vez, hace ya algunos años.

—Ahora serían seis semanas —dijo Dubbs—. Ellos nos lo avisaron así.

«Ellos» eran los «invasores».

Su fuerza era tal, que podían colocar ante la Tierra una pantalla opaca y dejarla sin luz y el calor del Sol durante todo el tiempo que quisieran.

Lois Martín se estremeció. Aún recordaba, a pesar de que entonces no había alcanzado el ministerio, las catástrofes que se produjeron en tan sólo tres semanas de noche continua.

—Ellos no nos privaron de las fuentes de luz artificial, pero nosotros estamos hechos para tener al menos una parte de luz natural durante el día. Los esquimales y lapones lo resistieron bien. Pero ¿qué pasó en las zonas más templadas?

—Olvidemos aquello y concentrémonos en el presente —dijo Ramón Sindres, primer ministro—. Nuestro colega Havill ha dicho tener un plan seguro. Oigámosle.

—Es seguro y sencillo —manifestó el aludido—. Los «invasores» están aquí… bueno, a cuarenta mil kilómetros de distancia. Ha sido probado hasta la saciedad que resulta absolutamente imposible cualquier ataque con cualquier clase de armas. Bien, en tal caso, ataquémosles en…

Sonó un timbre en el aparato intercomunicador que estaba delante del primer ministro. Havill hizo un gesto de disgusto al sentirse interrumpido.

Sindres movió el conmutador.

—Excelencia —sonó una voz.

—Edgar, estamos reunidos en consejo. ¿Por qué nos interrumpe? —preguntó Sindres disgustadamente.

—Lo siento muchísimo, Excelencia. El mensaje que acabo de recibir es urgente y no admite dilación. Viniendo de quien viene, me he atrevido a…

—Bien, bien, dígalo —murmuró el primer ministro con aire

resignado—. ¿De qué se trata?

—Excelencia, el comandante de la flota fitoniana espera inmediatamente, sin dilación alguna, al ministro de Astronáutica.

Capítulo II

Har-eld, comandante de la flota invasora, estaba tendido cómodamente en una hamaca, cubierto el cuerpo por un corto calzón de baño y con una gafas oscuras delante de los ojos. Al alcance de su mano tenía una mesita con refrescos.

No lejos de donde se hallaba se veía una pequeña piscina, de cuatro metros por seis y dos de profundidad. El lugar era como un solárium, donde el comandante de la flota invasora pasaba la mayor parte del día, tostándose al sol.

La nave estaba dotada de gravedad artificial. Ello hacía que los movimientos resultasen naturales. El agua y todos los objetos se mantenían en su sitio, merced a aquel dispositivo, que anulaba los efectos perniciosos de la falta de gravedad motivados por la posición de la astronave en el cielo.

Un hombre uniformado entró y dijo algo al oído de Har-eld. El comandante en jefe asintió.

—Qué pase —ordenó brevemente.

Instantes después, Link Havill era introducido en aquella jaula de cristal que era el solárium de la nave insignia de la flota invasora.

Har-eld se levantó muy despacio y contempló a su visitante.

—¿Cómo está, excelencia? —saludó cortésmente.

Havill contuvo los vivos deseos que sentía de dar una respuesta grosera.

—Muy bien, comandante —dijo—. He recibido su mensaje…

—Sí, lo estimé de urgencia —manifestó Har-eld, acercándose a la mesita donde estaban los refrescos—. Me disgustaron las noticias recibidas.

Havill arqueó las cejas.

—No entiendo, comandante…

—Excelencia, dejemos los rodeos a un lado. Usted y sus colegas de gabinete estaban tratando de un tema particularmente desagradable para nosotros, los fitonianos.

Havill se quedó de una pieza.

—¡Estaban escuchándonos! —exclamó.

Har-eld sonrió, mientras le alargaba un vaso alto, lleno de un líquido ambarino, deliciosamente perfumado. El vidrio aparecía empañado por la frescura del contenido.

—Pruébelo, ministro —invitó—. La combinación de un buen vino terrestre, con el «shedik», la hierba nacional fitoniana, resulta particularmente exquisita en sabor y aroma. Además, conforta y estimula… y reduce beneficiosamente las proporciones de alcohol. En medio de todo —sonrió Har-eld—, no se puede negar que hay cosas buenas en la Tierra.

Con su vaso en la mano, regresó a la hamaca y se sentó pero no llegó a tenderse, quedando solamente recostado, con las piernas fuera. Havill permanecía silencioso e inmóvil, sin haber probado siquiera el refresco ofrecido.

—Ustedes han escuchado lo que hablábamos en Consejo —dijo rencorosamente.

—Así es —admitió Har-eld sin inmutarse—. Si quisiéramos, podríamos oír cualquier conversación en su planeta. Nos basta simplemente, con conocer las deliberaciones del consejo de ministros. La de hoy me ha resultado particularmente desagradable.

Havill no comprendía qué misterioso sistema empleaban los fitonianos para oír algo que se hablaba en una habitación totalmente insonorizada y a cuarenta mil kilómetros de distancia.

De todas formas, no tenía mucha importancia. Har-eld lo sabía y ello era suficiente.

—Si ustedes se encontrasen en nuestra situación, tratarían de evitarla a cualquier precio —dijo al cabo.

—Pero son ustedes los que se encuentran en esa situación —contestó Har-eld con toda desfachatez—. Y entre los fitonianos y la Tierra se firmó un tratado, cuyas cláusulas no pueden quebrantarse, sin que una de las partes firmantes sufra un grave quebranto. Naturalmente, la parte expuesta al grave quebranto es la Tierra.

—Algún día…

Har-eld se puso vivamente en pie.

—¡No amenace, ministro! —dijo enérgicamente—. Ustedes no están en situación de amenazar, sino de obedecer. Otro intento de romper unilateralmente el tratado y les impondremos una sanción de seis semanas de oscuridad absoluta.

Havill guardó silencio.

El fitoniano tenía razón. Si lo deseaba, podían dejar a la Tierra sin la luz y el calor terrestres. Seis semanas en semejantes condiciones, producirían catástrofes sin cuento.

—Por otra parte —siguió Har-eld, en tono menos duro—, ¿tan onerosas son las condiciones impuestas? Muchas cosas de las que consumimos se las compramos a ustedes, pagándolas religiosamente. Hay numerosos terrestres que hacen magníficos negocios con nosotros. Se sienten encantados de que los fitonianos estemos aquí, sobre ustedes, y dan gracias continuamente por su buena suerte.

»Ni yo, ni ninguno de mis hombres hemos puesto pie en su planeta. Y cuidado que nos gustaría, pero eso es algo que está severamente prohibido por el tratado.

Har-eld sonrió maliciosamente.

—A decir verdad, esa prohibición tiene un fundamento. Su planeta posee demasiados atractivos para que un fitoniano no acabara reblandeciéndose con el tiempo y olvidando peligrosamente el cumplimiento de sus deberes. Su planeta es muy hermoso… pero opinamos que resultaría pernicioso para nuestra estabilidad emocional; Ojos que no ven… es un famoso refrán terrestre, ¿no?

Har-eld bebió un sorbo del refresco y se sentó de nuevo.

—Por tanto, si nosotros respetamos el tratado, ustedes deben hacer lo mismo —concluyó.

—Ese tratado no es el producto de la discusión entre dos partes libremente contratantes, sino impuesto por una parte a la otra, basándose exclusivamente en el empleo de la fuerza…protestó Havill.

—¿Qué más da? Ustedes terminaron por aceptarlo; los inconvenientes les resultan menos gravosos que el tributo impuesto. Así, pues, déjense de pensar en libertarse de lo que ustedes llaman «el yugo fitoniano» y olviden sus sueños, porque no son más que sueños. Mientras yo, o cualquier otro compatriota, esté en el mando de la flota fitoniana, el tratado se cumplirá escrupulosamente.

»O la Tierra puede ser destruida.

—¿Nada más? —preguntó Havill, impasible.

De nuevo volvió Har-eld a ponerse en pie.

El solárium era grande y estaba adornado con numerosas plantas, que le daban un aspecto de jardín en algunos lugares. Har-

eld se acercó a un rosal particularmente frondoso y aspiró el aroma de la flor.

—¡Maravillosa Tierra! —murmuró, como abstraído—. Es un mundo encantador, espléndido, atractivo, el sitio al que un fitoniano se retiraría para vivir placenteramente, una vez terminado su servicio activo. Yo no he podido estar allá abajo y he tenido que contentarme con hacerme traer algunas plantas para animar un poco este pequeño rincón de recreo. ¡Sombrío Fitón! —exclamó de pronto, casi con rabia.

Se volvió hacia el silencioso Havill.

—Soy almirante de segundo grado —dijo—. Dentro de un año, ascenderé a la máxima categoría: almirante de primer grado. Entonces volveré a mi patria planetaria: Fitón. Créame, excelencia, durante el resto de mis días, añoraré este destino, el mejor que he tenido en mi vida de astronauta. Lo único que siento es haberles causado algunos trastornos… pero Fitón necesita sobrevivir.

—A costa de los terrestres —contestó Havill.

Har-eld se encogió de hombros.

—Sólo a costa de un aumento de sus impuestos —dijo—. ¿De qué se quejan? Tienen una absoluta libertad para todo; no nos entrometemos en sus leyes, ni sistema de gobierno, ni en su comercio interior y exterior… Sólo les pedimos el veinte por ciento de los metales que extraen y a cambio de ello les dejamos en completa libertad para que hagan lo que quieran.

—Siempre, claro, que nuestros actos no entren en conflicto con los intereses de Fitón.

—Así es —reconoció Har-eld sin inmutarse. Apuntó a Havill con un dedo—. Y ustedes harían lo mismo, si se encontrasen en nuestro puesto. Pero creo que ya hemos hablado bastante.

La expresión de Har-eld volvió a endurecerse.

—Ésta es mi advertencia —declamó—. No intenten romper el tratado. Les costaría seis semanas de oscuridad total… y digo total, porque esta vez, a diferencia de las anteriores, cegaríamos todas sus fuerzas de energía. Ni siquiera podrían disponer de luz eléctrica, ¿ha comprendido?

Havill hizo un signo afirmativo.

—Cedo ante la fuerza —contestó—. Pero le haré una advertencia.

—¿Sí? —murmuró Har-eld, burlón.

—Le aconsejo que lea uno de nuestros libros más apreciados. Allí se habla de un gigante con pies de barro. Es probable que Fitón también los tenga.

—Nuestros pies son del mejor acero —aseguró Har-eld—. Los suyos, y todo el cuerpo, sí son de barro, barro deleznable e impuro. Reúna a sus colegas de gabinete y cuénteles nuestra conversación. Es todo cuanto tengo que decirle, excelencia. Uno de mis hombres le acompañará hasta su nave. ¡Adiós!

Havill giró sobre sus talones y abandonó el solárium en silencio. Har-eld le miró entre irritado y burlón.

—¡Orgulloso terrestre! —musitó—. Ni siquiera me ha hecho la reverencia que se debe a mi rango.

Volvió a tomar un largo sorbo de refresco. Chasqueó la lengua y dijo:

—Pero, qué importan las ceremonias cuando se trata de la gloria… y de la supervivencia de mi patria planetaria. ¡Fitón, sombrío Fitón! —concluyó Har-eld, con acento de pena que habría extrañado no poco a Havill de haber podido escuchar la última frase.

* * *

Los timbres de alarma sonaron, chirriantemente a bordo de la «Mont Pelée».

Jean Dagny estaba descansando en su litera y saltó apresuradamente apenas oyó el ruido. Los megáfonos internos ladraron:

—¡Alarma de naufragio! ¡Alarma de naufragio!

¡Todo el mundo a sus puestos!

Dagny corrió al puente de mando. El primer oficial de guardia en aquellos momentos, observaba los instrumentos.

—¿Qué ocurre, Roy? —preguntó Dagny.

—Hemos captado señales de una radio de urgencia. El S.O.S. es inequívoco, señor.

—¿Han calculado la distancia?

—Sí, señor; está a unos dos millones de kilómetros, dos grados Oeste, declinación normal.

—Convendría iniciar el proceso de deceleración —dijo—. Calcule la órbita del aparato en peligro y realice todas las maniobras para la aproximación. ¿Cuánto cree que tardaremos en estar a su lado?

—Muy poco, señor, menos de una hora.

—¿Sobrevivirá?

—Espero que sí. De lo contrario, las señales habrían dejado de oírse ya y siguen sonando, claras y fuertes.

Capítulo III

El aparato de radio de naufragio tenía un dispositivo especial que lo hacía funcionar constantemente, mientras hubiese un náufrago con vida. Merced a sus señales, la «Mont Pelée» pudo acercarse al bote salvavidas.

Estrictamente, no era un bote, sino una burbuja de tres metros de diámetro, en cuyo interior había una persona. Dagny vio, a través de sus prismáticos, que se trataba de una mujer.

El naufragio debía de haberse producido de manera súbita. Ella estaba en el interior de la burbuja sin más ropa que la puesta, que no era mucha, precisamente.

Cada nave tenía, en determinados lugares, equipos de salvamento, consistentes en un aparato que «fabricaba» una burbuja resistente y estanca, junto con una pequeña emisora, y provisiones de alimentos, agua y oxígeno para varios días. Bastaba agarrar uno de aquellos equipos con las manos, colocándoselo junto al pecho y oprimir un botón, para que la burbuja se formase instantáneamente.

El náufrago quedaba así momentáneamente salvado. La burbuja era espacialmente útil en momentos de urgencia, cuando no había tiempo para ponerse el traje de vacío, operación que para los expertos y como mínimo, llevaba de diez a quince minutos.

La burbuja incluso, poseía la suficiente resistencia para acoger en su interior a dos personas. Naturalmente, las posibilidades de supervivencia se reducían a la mitad…, pero siempre era mejor que salir al espacio sin escafandra de vacío.

Entonces, la muerte se producía instantáneamente.

Ella tenía el pelo oscuro, aunque no negro del todo y parecía físicamente bien conformada. Al ver la nave que se acercaba a su burbuja se puso en pie y agitó los brazos con gesto de júbilo.

—Roy —llamó Dagny.

—¿Capitán? —contestó el segundo.

—Haga que la burbuja quede a la altura de la primera esclusa Oeste. Yo me dirijo hacia allí para interrogar a la náufrago. Una vez le de la señal de «Recogido», prosiga viaje.

—Bien, señor.

Dagny dejó los gemelos y abandonó el puente. Cuando llegó junto a la compuerta señalada, ya había allí unos cuantos tripulantes.

La compuerta externa se abrió. Dos tripulantes, provistos de escafandras, salieron fuera de la nave. Uno de ellos situó un cabo de remolque, mientras el otro conectaba un conducto de oxígeno a través de la burbuja, para remediar posibles faltas de dicho gas.

La burbuja entró en la esclusa. Se cerró la compuerta externa y se restableció la presión normal. Entonces, uno de los tripulantes sacó un cuchillo y rasgó la burbuja.

La mujer salió fuera, lanzando un suspiro de alivio.

—¡Gracias a Dios! —dijo, sonriendo, atractivamente—. Muchachos, les debo la vida.

—Ha tenido usted suerte —contestó uno de los tripulantes—. Está en la nave «Mont Pelée», al mando del capitán Dagny.

—Ese oficial se merece un beso —dijo ella—. Aunque sea un viejo.

—De viejo no tiene nada, señora —rió el tripulante. Y en aquel momento, se abrió la compuerta interna—. Venga por aquí, señora.

Dagny salió al encuentro de la joven.

—¿Cómo está? —saludó cortésmente—. Soy el capitán Dagny, comandante de la nave.

—Me llamo Aurelia Innes —se presentó ella—. Capitán, tengo un mensaje para usted.

Dagny arqueó las cejas.

—¿Un mensaje? —se extrañó.

—Sí. El naufragio ha sido simulado —dijo Aurelia sorprendentemente—. Claro está, puedo hablar delante de sus hombres, porque todos son terrestres. Pero para hacerlo con más extensión, necesitaría ir a su cámara, capitán.

Dagny estaba más aturdido que extrañado. Un naufragio simulado, se dijo. Pero ¿a quién se le había ocurrido idea tan disparada?

—Estoy esperándole, capitán —dijo Aurelia con impaciencia, al observar sus vacilaciones.

—Haga el favor de acompañarme —contestó él—. ¿Quiere que le sirvan algo de comer, señorita Innes?

—Un poco de café será suficiente, capitán.

Dagny encargó a uno de los tripulantes que llevase servicio de café a la cámara. Luego echó a andar, emparejado con la recién llegada.

Momentos después, estaban a solas. Aurelia se desabrochó la blusa y extrajo del seno un objeto brillante y redondo.

—¿Conoce esto, capitán? —preguntó.

Dagny entornó los ojos.

—Lo usan los agentes del Servicio Astronáutico —dijo.

—Exactamente. Mis credenciales están en su interior ¿Quiere comprobarlas?

—Me basta con su palabra, señorita —manifestó él—. Ahora, por favor, comuníqueme su mensaje.

Aurelia guardó nuevamente la insignia.

—No tengo a mano documentos para transmitirle, salvo uno, que le entregaré cuando haya terminado de comunicarle el mensaje —declaró—. Se trata de solicitar de usted que acepte una misión para el S.S.A.

—¿Quieren que me convierta en agente secreto? —preguntó Dagny, estupefacto.

—Exactamente, capitán. Por supuesto, puede rechazar la misión…, pero si es un terrestre que ama a su planeta, aceptará, porque de lo que usted haga puede depender la derrota de Fitón y, consecuentemente, la libertad de la Tierra.

—Esto no me gusta —dijo Dagny, frunciendo el ceño.

—Capitán, creí que pensaría usted de otra forma —Exclamó Aurelia, decepcionada.

—¿Creyó que iba a dar saltos de júbilo por la misión que se me pretende asignar? Soy un simple oficial de astronáutica, no he hecho el menor entrenamiento para agente secreto…

—Es listo, audaz e inteligente —dijo ella—. Las cualidades que se precisan en el hombre que necesitamos, aparte del hecho de ser comandante y propietario de una astronave mercante.

—¿En qué consiste la misión? —preguntó Dagny—. Primero quiero saber de qué se trata; no me gusta afrontar riesgos, sin saber, por lo menos, dónde hay una puerta de escape.

—Esto está muy puesto en razón —admitió ella.

En aquel momento llamaron a la puerta. Un tripulante entró con una bandeja en las manos.

Después de tomar café, continuaron la conversación:

—Usted ya conoce cuál es la situación del planeta —dijo Aurelia—. Estamos en manos de los fitonianos y, lo peor de todo, es que somos tan impotentes como niños.

—Sí, es cierto.

—Bien, todos los esfuerzos para librarnos de ellos han resultado inútiles. ¿Conoce usted los métodos que emplean para reducirnos?

—Me los sé de memoria. —Dagny se estremeció—, Una vez estaba en la Tierra cuando apagaron el Sol y, créame, aquello fue todo menos agradable.

—Muy bien, pero todavía han llegado a más. Hay consejo de ministros. El comandante, en jefe de la flota fitoniana hizo llamar al ministro Havill y le dijo que sabía lo que estaban tramando. Naturalmente, el ministro se quedó de una pieza.

—Eso le habría pasado a cualquiera —rezongó Dagny—. ¿Cómo diablos captaron una conversación que se celebraba miles de kilómetros de distancia y, presumiblemente, en una estancia aislada?

—No lo sabemos. Por otra parte, tampoco tiene mayor importancia. Lo que sí la tiene es que el almirante fitoniano dijo que si se volvía a plantear de nuevo el tema, dejaría a la Tierra sin luz solar durante seis semanas… y, además, sin energía eléctrica.

Dagny se puso pálido.

—¡Rayos! Ésa sería una catástrofe terrible —dijo.

—Los fitonianos pueden hacerlo. Y lo harán, no le quepa la menor duda —aseguró Aurelia—. Por eso estoy yo aquí, capitán, para conseguir su colaboración.

—Continúe, señorita —pidió Dagny.

—El ministro Havill iba a proponer a sus colegas de gabinete un plan para liberar a la Tierra. No tuvo tiempo Siquiera de exponerlo; el almirante fitoniano, que seguramente debía de estar escuchando la conversación, le interrumpió y le hizo subir a su presencia. Le lanzó la amenaza que usted ya conoce y la exposición del plan quedó cancelada.

—Pero, bueno, entonces, ¿por qué está usted aquí?

Aurelia sonrió.

—A ello voy, capitán —dijo—. El ministro Havill había puesto el plan en práctica mucho tiempo atrás. Por eso estoy aquí y por eso

se simuló el naufragio de la nave en que yo viajaba. Cuando Havill recibió la amenaza, el plan se había puesto en marcha hacía meses.

—Empiezo a comprender —dijo Dagny—. ¿Qué más?

—Capitán, es imposible atacar a la flota fitoniana con las armas de que disponemos actualmente en la Tierra. Puesto que no podemos hacerles nada allí.

Havill pensó que el ataque debía realizarse en el propio Fitón.

Dagny pegó un bote en el asiento.

—¡En Fitón! —exclamó.

—Justamente. Capitán, volvemos a la historia antigua cuando un ejército no podía ser derrotado en una batalla campal, pero sí por la muerte de su general en jefe y de los oficiales de su Estado Mayor. Ahora debemos hacer lo mismo.

—¿Quieren que me convierta en asesino? —preguntó Dagny de mal talante—. Oiga, aunque yo hiciese eso, aunque asesinara a todos los ministros del gobierno de Fitón, quedarían allí muchos personajes señalados que formarían un nuevo gobierno y la cosa seguiría como hasta ahora. ¡Ese plan es una locura!

Aurelia no se dejó impresionar por la protesta de Dagny.

—Capitán, no he terminado de hablar aún —dijo—. Lo que le he dicho no ha sido sino una simple alegoría, para hacerle comprender mejor las cosas. ¿Se ha dado cuenta de que no sabemos todavía qué utilidad tiene para los fitonianos ese exorbitante tributo que nos han impuesto del veinte por ciento de todos los metales que se extraen en la Tierra?

—Es cierto —murmuró él—. Nunca dieron la menor explicación…, aunque bien puede presumirse que sea debido a la pobreza del suelo de Fitón, escaso en metales…

—No, no es debido a eso, capitán —aseguró la joven—. En Fitón hay suficientes metales para atender a las necesidades de sus habitantes. Lo que reciben de la Tierra es, digamos, superproducción. Pero tampoco lo reexportan. ¿Qué hacen con ese metal? Conocer la respuesta a esta pregunta es vital para nuestros proyectos… y usted se ha de encargar de hallar esa respuesta.

»Una vez sepa qué hacen en Fitón con los metales terrestres, podrá iniciar su ataque, que se ejecutará en su misma madriguera. Ataque a un lobo en su cubil, no en campo abierto. Vencerá mejor de la primera manera. Eso es lo que pretendemos hacer con los

fitonianos, capitán.

Dagny vaciló ligeramente.

—Lo que me pide es muy difícil —murmuró.

—Tiene que conseguirlo —dijo Aurelia ardientemente.

—Yo hubiera ideado otro plan mejor —manifestó Dagny.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—Armar a todas las naves de la Tierra y amenazar con un ataque devastador a Fitón…

Ella sonrió desdeñosamente.

—¿Cree que Fitón no está protegido contra cualquier ataque externo? No, lo que nos interesa es atacar desde el interior, corroer sus estructuras, debilitar su gobierno, sembrar la duda entre sus habitantes, esparcir el pánico, envenenar las mentes fitonianas… Si consigue esto, estaremos a un paso de la meta ansiada, capitán.

—¿Y cómo he de hacer todas esas cosas? Soy un hombre solo…

—En el sitio en que le indicaré, encontrará la nave de la que se supone procedo. Está cargada de mercancías y, al haber sido abandonada por su tripulación, la nave y el cargamento pertenecen a quien los encuentren. A usted deben de quedarle todavía bastantes mercancías en sus bodegas. Irá a Fitón y venderá todo en el mercado público. Eso le dará pretexto para permanecer en el planeta y poner en ejecución el plan del ministro Havill.

—¿Quiere terminar de explicarse, por favor? —rogó Dagny.

Aurelia estuvo hablando largo rato. Al terminar, Dagny dijo que aceptaba la misión.

—Naturalmente, no garantizo su éxito…

—Se concede un razonable margen al error humano —admitió ella—. Pero sabemos que usted llevará a cabo esa misión. Por supuesto, no actuará solo. Espere un momento.

Aurelia sacó de nuevo su insignia. Presionó en determinado punto del borde y el disco se abrió en dos.

En el interior había dos trocitos de película. Aurelia tomó delicadamente el menor de ellos —el otro eran sus credenciales— y se lo entregó al capitán de la «Mont Pelée».

—Aquí hay una lista de terrestres establecidos en Fitón, que colaborarán con usted en todo cuanto les pida —dijo. Aurelia sonrió—: Esto es algo que los fitonianos no se imaginan siquiera; el ministro Havill los ha ido situando hábilmente desde hace tres años.

—Agentes «durmientes», ¿eh? —murmuró él.

—Exacto. Y ya llegado la hora de que usted los despierte y los ponga a trabajar.

Capítulo IV

Jean Dagny tenía gran confianza con su primer oficial, con el que llevaba navegando cerca de seis años. Roy Fitzsinn era un irlandés aparentemente lento y torpe, hábil sólo para las matemáticas, pero mucho más vivo y sagaz de lo que se presumía al contemplar su enorme figura, semejante a la de un Hércules con mucha fuerza, pero poco seso. Fitzsinn tenía en abundancia de una y de otro.

—¿Qué le parece, Roy? —preguntó cuando hubo terminado de explicarle la conversación sostenida con Aurelia Innes.

Fitzsinn demoró un poco la respuesta.

—Difícil, jefe —habló al cabo.

—Lo mismo pienso yo, Roy. Además, es muy arriesgado.

—Para todos, en efecto.

—No, para mí. El único que va a actuar seré yo.

—Sí, pero nosotros estaremos en Fitón mientras tanto. Si le pescan a usted, los fitonianos no se mostrarán demasiado complacientes con el resto de la tripulación. Nos tomarán a todos por espías…

—Me desanima usted, Roy —dijo Dagny—. Siento deseos de abandonar la misión.

El rebelde espíritu irlandés de Fitzsinn salió a la superficie.

—¡Ni hablar, capitán! ¡Así como así, ya es hora de darles una buena lección a esos «rostros pálidos»!

Dagny sonrió, a pesar de las preocupaciones que embargaban su mente.

—«Rostros pálidos», es cierto —dijo—. El problema principal, no obstante, estriba en conocer el objeto a que destinan los fitonianos los metales que se llevan de la Tierra.

—Llevan cinco años seguidos haciéndolo —contestó el primero de a bordo—. Son cientos de miles de toneladas de metales diversos los que han tomado el camino de Fitón y todavía no sabemos qué hacen con ellos.

—Creo que, si lo averiguamos, tendremos cubierta la mitad del camino —murmuró Dagny pensativamente—. Porque, a lo que yo

sé, no exportan esos metales; y con los que extraen de su subsuelo, tienen más que suficientes para sus necesidades. Esos metales tienen que estar en alguna parte… ¡y yo llegaré a saber qué destino tienen fijado!

—Un empeño nada fácil, capitán. Le deseo suerte —dijo Fitzsinn.

—Gracias, Roy. Muchos días estaré ausente; mientras tanto, usted quedará al cargo de todo.

—Sí, señor.

—Las mercancías que llevemos serán bien acogidas en Fitón. Fijaremos precios relativamente elevados, con objeto de demorar más tiempo nuestra partida.

—De eso se puede encargar Tom Utter, el sobrecargo.

—Estupendo. Mientras, yo actuaré en Fitón, aunque la verdad es que no sé siquiera por dónde empezar.

—¿No tiene una lista de agentes de la Tierra, dispuestos para actuar?

—Sí, pero… En fin, cuando aterricemos tomaré una decisión. Roy, gracias por haberme escuchado.

—Ha sido un placer, capitán. ¡Si consiguiéramos derrotar a los fitonianos!

A decir verdad, Dagny tenía muy poca confianza en el éxito de su misión.

No se consideraba derrotado de antemano, pero consideraba que las perspectivas eran muy sombrías.

Tan sombrías como el planeta hacia el cual se encaminaban.

* * *

Una semana después, alguien irrumpió precipitadamente en la cámara de Dagny y le despertó con un brusco zarandeo.

—¡Capitán! ¡Capitán! ¡Levántese! ¡Ha ocurrido algo horrible!

Dagny se sentó en el lecho inmediatamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó al hombre que le había despertado.

—La chica… Ésa… la señorita Innes… —El tripulante se ahogaba—. E… está muerta…

Dagny se quedó con la boca abierta.

—Así es. Alguien, esta noche, entró en su camarote y le clavó un

puñal…

Dagny se tiró del lecho y empezó a vestirse precipitadamente.

Esto no podía marchar bien —mascullό, mientras se ponía los pantalones.

Dos minutos más tarde, llegaba junto a la puerta de la cámara asignada a Aurelia. Roy y algunos tripulantes más permanecían ante la entrada, con la consternación pintada en sus rostros.

—Debió de morir instantáneamente, capitán —opinó Fitzsinn.

Dagny asintió. Abrió la puerta y cruzó el umbral.

La muerte había sorprendido a Aurelia durante el sueño. Apenas si un ligero rictus de sorpresa, más que de dolor, se había petrificado en sus facciones.

El mango del puñal sobresalía del centro de su pecho. Una mano pendía laciamente fuera de la cama.

Dagny dio un par de pasos. Sólo un poco de sangre había brotado de la herida, que parecía haber interesado directamente el corazón.

—Nadie se apercibió de su muerte, hasta que esta mañana, uno de los muchachos llamó a la puerta para anunciarle que estaba listo el desayuno. Ella no contestó y…

Dagny aceptó en silencio las explicaciones de su primer oficial. Quienquiera que hubiese ejecutado aquella sentencia de muerte había actuado con silenciosa habilidad.

Pero una cosa había fuera de toda duda. Había un agente fitoniano a bordo de la nave.

«No lo han hecho bien», pensó. Debió de haber tratado de conquistarla. Ella probablemente, le hubiese rechazado, con lo que el crimen por celos hubiese tenido plena satisfacción. La idiosincrasia de los fitonianos difiere bastante de la nuestra.»

Puso una mano sobre la mejilla de Aurelia.

Estaba completamente fría.

—La muerte ha debido de producirse poco después de la medianoche —calculó en voz alta—. Bien, ya no podemos hacer nada por esta pobre desgraciada, sino darle la sepultura de los astronautas. Roy, encárguese de todo —ordenó.

—Sí, señor —contestó el irlandés.

El segundo se alejó, con los demás tripulantes. Dagny se quedó a solas con la difunta.

No le gustaba hacerlo, pero no tenía otro remedio. Momentos después, comprobaba que la insignia del S.S.A., perteneciente a Aurelia, había desaparecido.

El asesino se la había llevado consigo. Naturalmente, no iba a ser tan tonto como para tenerla encima, si se realizaba un registro.

—Indudablemente, sabe cómo son esas insignias, —se dijo—. Tal vez ha creído encontrar en su interior algunas instrucciones reservadas, pero se ha llevado chasco.

Incluso era posible que el asesino, para deshacerse de una prueba comprometedora, la hubiese lanzado al espacio por alguna esclusa. No, era inútil buscar aquel disco de metal brillante.

Una hora después, Dagny se reunió junto a una de las esclusas, con la mayoría de la tripulación.

El cadáver de Aurelia había sido introducido en un tubo de metal, que fue sellado herméticamente. Seis hombres lo sostuvieron, mientras Dagny, como capitán, rezaba un breve responso.

Luego, el ataúd fue depositado en el suelo de la esclusa. La compuerta interna se cerró y un tripulante, a una seña de su capitán, presionó el mando de apertura de la compuerta exterior, sin haber vaciado previamente el aire de la esclusa.

La corriente que se formó fue suficiente para mover el ataúd y hacerlo salir lentamente de la esclusa Se cerró la compuerta interna y entonces un mecanismo automático encendió un pequeño cohete que lanzó el tubo a las profundidades del espacio.

Dagny estuvo contemplando el ataúd, hasta que se perdió de vista. Entonces, se volvió hacia su primer oficial.

—Señor Fitzsinn —dijo en tono campanudo—, tenga la bondad de reunir a la tripulación en el comedor. A todos, absolutamente.

Fitzsinn se llevó una mano a la sien.

—A la orden, señor —contestó.

Diez minutos más tarde, Dagny entró en el comedor. Dos docenas de caras graves le contemplaron con silenciosa expectación.

Dagny no perdió el tiempo.

—Amigos dijo, —por primera vez ha sido nuestra nave testigo de un suceso tan desagradable como el del asesinato de uno de sus ocupantes. Ha habido muertes, es cierto, pero muy pocas y, además, accidentales. Jamás se produjo una muerte intencionada a bordo de la «Mont Pelée».

«No es necesario que les diga que el asesino está a bordo, que es uno de nosotros. Uno de los hombres que está aquí es el que empuñó el puñal que cortó la vida de nuestra huésped. Estamos reunidos para descubrirlo y castigar su crimen.

—Si lo encuentra, capitán, arrójelo por una esclusa, sin traje de vacío —exclamó uno de los tripulantes.

—La justicia terrestre se encargará de él —dijo Dagny—. Nadie se tomará la justicia por su mano, pero yo os digo que el asesino aparecerá dentro de muy poco.

»Deben conocer la verdad. Aurelia Innes era un agente del Servicio Secreto de Astronáutica.

«Estaba en la nave, cumpliendo una misión relacionada con Fitón y la innoble esclavitud con que nos sojuzga a nosotros, los terrestres. El fitoniano que se ha infiltrado entre nosotros creyó conveniente eliminarla. Pero cometió un error.

«Aurelia Innes llevaba consigo una insignia que acreditaba su profesión. Quizá alguno de ustedes sepa cómo son las insignias del S.S.A. Sin embargo, lo que todos ignoran es que está dotada de una mínima dosis de radiactividad, absolutamente inofensiva y, al mismo tiempo, distinta para cada agente, lo que permite su identificación en caso de duda.

«Ahora bien, se sabe positivamente que en Fitón sus naturales son sumamente sensibles a la radiactividad. Es quizá, una de las causas por las que no desembarcaron en nuestro planeta, en cuya superficie siempre hay signos de radiactividad. El asesino se llevó consigo, repito, la insignia de Aurelia Innes, ignorando este detalle… y ahora, la radiactividad ha impregnado su cuerpo, en una dosis menor que la que correspondería a un terrestre, pero suficiente para ser captada por este detector dotado de amplificador para dosis mínimas de radiactividad.

Al mismo tiempo que hablaba, Dagny levantaba el paño que cubría un objeto situado sobre la mesa. Todos los presentes reconocieron el objeto en el acto.

Sonaron algunos murmullos, que acalló Dagny diciendo:

—Bien, vamos a empezar el reconocimiento inmediatamente. No importa el orden jerárquico; cualquiera de ustedes puede ser el primero.

En aquel instante, un hombre empezó a moverse hacia la puerta.

Dagny lo advirtió y exclamó:

—Court, ¿adónde va usted?

Inmediatamente, el hombre llamado Court sacó una pistola energética y encañonó con ella a Dagny.

—Capitán —dijo—, voy a tomar uno de los botes salvavidas. No intenten seguirme, porque sería peor para todos. Con esta pistola puedo destruir la nave y usted lo sabe bien.

Capítulo V

Dagny no se inmutó por la amenaza del fitoniano.

En medio de un silencio absoluto, respondió.

—Court, ¿de veras ha creído usted que la insignia de Aurelia Innes estaba radiactivada?

El fitoniano se quedó atónito al comprender la trampa en que había caído. Una mueca de rabia infinita contorsionó sus facciones.

Elevó la mano, mientras su dedo se crispaba sobre el gatillo. Pero no tuvo tiempo de disparar.

Alguien se le anticipó. Fitzsinn disponía de un arma idéntica, aunque la empleó con el mínimo de potencia.

Aun así, la descarga resultó tan fuerte, que lanzo el cuerpo del fitoniano contra el mamparo más próximo, después de elevarlo un palmo del suelo. Se oyó un terrible crujido cuando el cráneo de Court cedió al choque; luego, el cuerpo sin vida cayó de bruces y se quedó quieto en el acto.

Fitzsinn miró a su capitán.

—Lo siento, señor. Me imagino que le habría gustado interrogarle, pero no tenía opción si quería salvar su vida —manifestó—. Haberse enterado del engaño le hizo perder los estribos.

Dagny hizo un signo con la cabeza.

—No importa —contestó—. En medio de todo, el descubrimiento de que Court era fitoniano ha tenido la virtud de revelarnos una cosa que ignorábamos.

Hizo una señal.

—Llévenselo y láncenlo al espacio —ordenó.

Instantes después, la cámara quedaba vacía, a excepción de Dagny y su segundo.

—Roy, ahora ya sabemos que en cada nave terrestre hay un agente fitoniano —aclaró Dagny cuando se hubieron quedado solos —. Esto nos hace comprender por qué nos dejan comerciar libremente.

Fitzsinn asintió.

—Pero, en tal caso, ¿por qué mató a Aurelia y no lo mató a

usted? —quiso saber.

—Es posible que creyera que la pobre chica llevase encima alguna información de importancia, guardada, como es lógica, en su insignia de agente secreto. En cuanto a mí, no tenía prisa; lo hubiera hecho, o habría dispuesto las cosas para que otros me hubieran asesinado en el momento más conveniente para ellos. Pero hay dos cosas que me preocupan sobremanera, Roy.

—Diga, capitán —pidió Fitzsinn.

—Primero, la conversación del consejo de ministros en el que se iba a acordar este plan, llegó instantáneamente a conocimiento del almirante fitoniano. Eso indica que ellos disponen de un procedimiento que permite escuchar cualquier conversación a gran distancia. ¿Habrán oído lo que se ha hablado aquí?

El irlandés se estremeció.

—Sería terrible —dijo.

—Sí, sería terrible, Roy —convino Dagny—. Segundo, ¿ha emitido Court algún mensaje después de la llegada de Aurelia a la nave?

—Eso es fácil de averiguar. Cualquier mensaje que se emite, queda indefectiblemente grabado en el registro.

—Averígüelo usted y comuníqueme en seguida lo que haya, Roy —dispuso Dagny—. Examine también el equipaje de Court y tráigame cuanto crea que pueda resultar de interés. Su cuerpo y sus ropas serán también examinados minuciosamente antes del lanzamiento al espacio.

—Muy bien, señor.

Dagny quedó solo en la cámara, profundamente pensativo. Si el agente fitoniano había enviado algún mensaje, podía considerar su misión como fracasada.

Encendió un cigarrillo. Estuvo inmóvil durante un buen rato, entregado a sus propias reflexiones.

Fitzsinn apareció media hora después, con algunos objetos en las manos.

—Razonablemente puede presumirse que Court no envió ningún mensaje a Fitón, a menos que utilizase un transmisor propio —declaró—. Tengo a unos cuantos hombres registrando la nave de proa a popa y le diré algo en cuanto se termine el registro. Respecto a sus objetos personales, lo más interesante que he encontrado es

esto.

Fitzsinn dejó sobre la mesa los objetos que había traído. Uno de ellos era la insignia de Aurelia Innes.

Dagny la examinó. Las credenciales de la difunta estaban en su sitio.

Otro de los objetos era una agenda de direcciones.

Las que había anotadas le parecieron a Dagny de índole exclusivamente personal.

El tercer objeto era un reloj de pulsera, en apariencia inocuo. Fitzsinn dijo:

—Capitán, apriete hacia abajo, con fuerza, la ruedecilla de dar cuerda. Oirá algo extraordinario.

Dagny lo hizo así. Aunque muy débil, la voz que brotaba del reloj se percibía claramente.

Hablaba en fitoniano, naturalmente, pero los dos astronautas entendían aquel lenguaje. Al terminar, Dagny, atónito, exclamó:

—¡Es una relación de los agentes fitonianos que operan en las distintas naves comerciales terrestres!

—Tiene que ser así, puesto que las astronaves militares tienen severamente prohibido volar fuera del ámbito del sistema solar. Cada vez que una de ellas despega, es acompañada por una escuadrilla de seis naves fitonianas.

—Es un hallazgo de suma importancia —dijo Dagny—. Si lo conociera el ministro de Astronáutica…

—Podríamos enviarle un mensaje en clave —sugirió el segundo.

Dagny meneó la cabeza.

—No estoy seguro de que los fitonianos conozcan nuestras claves, por lo menos, las que empleamos para comunicarnos con el ministerio.

—Podemos enviar un mensaje en clave comercial a todas las naves actualmente en vuelo. Yo creo que a sus capitanes les encantaría deshacerse de un espía fitoniano.

—Sí, pero el gobierno de Fitón lo sabría casi en el acto y tomaría contramedidas. Lo mejor será que esperemos al momento más adecuado y entonces destruiremos toda la organización de un solo golpe. A fin de cuentas, sólo el capitán de la «Mont Pelée» ha recibido la orden de una misión de contraataque.

—Con tal de que no lo sepan ya a estas horas en Fitón… —se

lamentó el irlandés.

—Tendremos que correr el riesgo, Roy —sonrió Dagny.

Veinticuatro horas después, Jean Dagny recibió una noticia consoladora.

—No parece que el espía dispusiera de un transmisor privado —declaró el segundo—. El registro practicado ha sido inútil; sin embargo, he revisado minuciosamente el archivo de mensajes y he encontrado dos, dirigidos a Fitón, aparentemente a un amigo, que se me hace sumamente sospechoso. Sin embargo, esos mensajes fueron expedidos mucho antes de que Aurelia llegase a la nave.

—Eso me anima un poco más —sonrió Dagny—. Indudablemente, los espías fitonianos disponen de una gran autonomía de acción, pero no pueden correr riesgos con un transmisor privado. Cualquier tripulante puede utilizar la radio de a bordo para sus mensajes privados, y Court lo hizo así, aunque en clave, como es lógico. ¿Conserva la dirección de ese amigo de Court?

—Sí, capitán.

—Démela. Será interesante hacer una visita a ese tipo cuando llegue a Fitón.

Dagny sonrió.

—Pero antes haré otra visita —añadió—. Y no será a un hombre, precisamente.

* * *

La mujer que abrió la puerta era alta, de formas llenas y rotundas, ojos muy claros, cabello pajizo y tez sumamente pálida. Vestía una especie de túnica sin mangas, muy corta, de un tejido plateado, cuyo borde inferior quedaba a veinte centímetros por encima de las rodillas, y se calzaba con unas sencillas sandalias de medio tacón.

Los ojos de la joven se dilataron al reconocer a su visitante.

—¡Jean! ¡Jean Dagny! —exclamó la fitoniana.

—El mismo, Sibyria —contestó Dagny sonriendo—. Hace tiempo que no nos veíamos, ¿verdad?

—Un montón de años —contestó ella—. Casi llegué a creer que te habías olvidado de mí…

—¿Olvidar a la más hermosa de las fitonianas? ¡Imposible! —aseguró el terrestre, cuyas manos estaban situadas a la espalda—. ¿Puedo pasar, Sibyria?

Ella alargó una mano.

—Claro que sí, querido. Entra —dijo dulcemente—, nadie nos molestará.

—Te he traído un obsequió de la Tierra —dijo Dagny, una vez se hubo cerrado la puerta a sus espaldas—. Cierra los ojos, Sibyria.

La fitoniana obedeció. Entonces, Dagny quitó la envoltura del paquete que había traído consigo y dejó al descubierto un frasco de cristal.

—Ya puedes abrirlo —indicó.

Sibyria abrió los ojos. Una expresión de inmenso júbilo se reflejó inmediatamente en su cara.

—¡Perfume! ¡Perfume de la Tierra! —exclamó.

—Tómalo, es tuyo —dijo Dagny.

Sibyria cogió el frasco un instante. Luego lo dejó en una mesita, y a continuación alargó los brazos y se colgó al cuello de su visitante.

—Es un regalo magnífico, pero tú vales mil veces más —murmuró con voz acariciadora.

Dagny ciñó con sus brazos el esbelto talle de la fitoniana.

—Me alegra oírte hablar así… —De pronto puso cara de alarma—. ¿Y tu marido, Sibyria?

Ella se echó a reír.

—¿Mi marido? No estoy casada, Jean.

—Pero cuando yo te conocí, estabas a punto de…

—Empecé a hacer comparaciones. Ganó el terrestre, pero resultó ser un perfecto granuja, porque cuando iba a decirle que había roto el compromiso, resultó que se había marchado de mi planeta.

—Y sigues soltera —dijo él.

Los ojos de Sibyria brillaron de una manera singular.

—Estaba segura de que volverías algún día —contestó, acercando sus labios a los del visitante.

* * *

Dagny se levantó del diván en donde estaba sentado y se acercó

a la ventana. Descorrió la cortina y contempló el panorama de la capital fitoniana.

Era un paisaje lúgubre y deprimente. Casas cúbicas, de gruesos bloques de piedra parda, de estructura indudablemente funcional, pero desprovistas por completo del menor detalle arquitectónico que aligerara un tanto a la urbe de su apariencia de colosal colmena para abejas de nueva especie. Apenas se veía algún árbol y, sobre el horizonte, un Sol anaranjado, derramaba una luz tristona y fúnebre, que confería al paisaje un aspecto enervante y tétrico.

—¿Qué te sucede, Jean? —preguntó Sibyria al observar el silencio del terrestre.

—Estaba contemplando la ciudad, querida —contestó él.

—Es horrible, ¿verdad? Sobre todo, si la comparamos con cualquiera de las de tu planeta.

—Tú no has estado allí, Sibyria —dijo Dagny.

—Pero he visto muchas fotografías y he podido darme cuenta de cómo es tu mundo. El Sol brilla resplandeciente y en las zonas deshabitadas, por lo general, hay una singular abundancia de verdor, aquí prácticamente desconocido. Tenéis plantas, flores, ríos, montañas nevadas… y sol, mucho sol.

Dagny asintió.

La estrella que alumbraba a Fitón era un astro moribundo, sin fuerzas apenas para dar luz y calor al planeta.

Ello explicaba la singular palidez epidérmica de los fitonianos, en todo lo demás, absolutamente parecidos a los terrestres.

—¿Te gustaría ir a la Tierra, Sibyria? —preguntó él de repente.

—Que si me gustaría… Oh, pero, ¿a qué soñar imposibles?

—¿Por qué habría de ser un imposible? —preguntó Dagny, volviéndose hacia ella.

Sibyria se levantó.

—La emigración está severamente prohibida. Además, a mí no me dejarían marchar. ¿Acaso no sabes que soy un alto funcionario del ministerio de Energía?

—Sí, pero ignoraba que te hubieran ascendido —contestó él.

—Llevo ya unos cuantos años en el ministerio y he hecho algunas cosas que han merecido la aprobación de mis jefes —sonrió la joven fitoniana—. En todo caso, ¿aceptarían a una fitoniana en tu planeta? Allí nos odiáis a muerte, ¿no es cierto?

Dagny puso las manos en el talle de Sibyria.

A ti no podría yo odiarte jamás —manifestó—. Tú no eres culpable de la pérdida de libertad que sufre la Tierra.

—¿Lo dices en serio? —sonrió ella.

Dagny se inclinó para besarla nuevamente.

—Si pudiera, te llevaría conmigo —aseguró.

Capítulo VI

Sibyria oyó la llamada y corrió a abrir la puerta.

—Creí que no vendrías —dijo ansiosamente, alargando los brazos hacia Dagny.

El terrestre la besó suavemente. Luego le enseñó la botella que había traído consigo.

—He estado muy ocupado durante el día, preparando todo para la venta de las mercancías —se disculpó—. Pero como puedes apreciar, no me he olvidado de traer una botella de buen vino terrestre.

—Eres encantador —sonrió Sibyria, dichosa—. Vosotros, los terrestres, no olvidáis ciertos detalles que tanto agradan a las mujeres.

—Me conformo con agradarte a ti —contestó él.

—Sobre eso, no hay duda posible. —Sibyria se colgó de su brazo —. Ven, la cena estaba preparada. Ya me sentía un tanto aprensiva por tu tardanza…

—Ya conoces los motivos, querida. —Dagny se detuvo en el umbral del comedor—. ¡Caramba, has puesto velas!

—Es una costumbre vuestra que me gusta mucho —manifestó la joven—. Resulta más íntimo, más acogedor…

Dagny la besó suavemente.

—Va ser una cena memorable —prometió.

Lo fue, y Dagny, en su interior reconoció que, de no haber sido Sibyria una fitoniana, haría ya tiempo que habría perdido su libertad de soltero.

Más tarde, él se sentó en un cómodo diván. Sibyria se tendió a lo largo y apoyó la cabeza en sus rodillas.

—Es maravilloso —suspiró, entrecerrando los ojos—. Nunca creí que llegase este momento.

—Todo dependía de las circunstancias —sonrió él.

—Y lo que más me agrada es que no me guardes rencor, Jean.

—¿Por qué habría de guardártelo, querida?

—Soy fitoniana.

—Eres una mujer, y muy hermosa además.

—Nuestras naves os mantienen bajo continua amenaza.

—¿Me amenazas tú?

—Yo te amo, Jean.

—Y yo a ti, Sibyria.

—Pero nuestro sueño de amor no podrá realizarse jamás. Un buen día te irás y volveré a quedarme sola.

—¿Quién sabe? Tal vez te vengas conmigo, convertida en la señora Dagny.

—Es un sueño irrealizable, quimérico. Lo que ocurre entre nuestros planetas nos separa irremisiblemente.

—Los males nunca duran mil años, Sibyria.

—Esto durará más que nosotros, Jean.

—¿Lo crees así?

Ella asintió con leve gesto.

Siempre —afirmó.

—No lo entiendo. ¿Tanto necesitáis los metales que os entregamos como tributo?

—Así debe de ser, pero no sé más… y lo poco que sé es debido a mi cargo en el ministerio.

—Yo creía que dado el puesto que ocupas, deberías saber para qué se importan tantos miles de toneladas de metales diversos al cabo del año.

—Lo siento, Jean. No lo sé. Creo que se trata de una operación llevada con un máximo rigor en la cuestión del secreto. Aparte de eso, aunque lo supiera…

—No me lo podrías decir, ¿verdad?

Sibyria se volvió un poco y le miró a los ojos.

—Trata de comprenderme, cariño —suplicó.

Dagny la estrechó tiernamente entre sus brazos.

—No te preocupes, querida —dijo—. A fin de cuentas, no me han privado de algo muy importante: la libertad de comerciar en el espacio… y ello me permite estar a tu lado.

—Esta vez, la separación será más dura que nunca —gimió ella.

Dagny volvió a besarla.

—Nunca des por sentada una cosa hasta que la veas realizada —dijo solemnemente—. Sibyria, en mi planeta se dice que lo último qué se debe perder es la esperanza. Nosotros no hemos perdido la esperanza de recobrar nuestra libertad algún día… y ni tú ni yo

debemos perder la esperanza de ir a la Tierra, unidos para siempre.

—¡Sería tan hermoso! —suspiró ella.

Momentos después, Dagny se puso en pie.

—¿Te vas? —preguntó Sibyria, sorprendida.

—Sí, tengo que hacer algunas cosas todavía. Volveré mañana, te lo prometo.

—No faltes. Estaré esperándote.

—Sí, querida.

* * *

Al salir de casa de Sibyria, Dagny se dijo que había sido una suerte conocer a la hermosa nativa.

Por supuesto, sabía que ella estaba empleada en el ministerio fitoniano de Energía. Éste había sido el motivo principal de su reencuentro, aparte de su belleza, que la hacía sumamente atractiva en otros sentidos.

Fitón «importaba» —era un decir— metales de la Tierra. Por lo tanto, en el ministerio de Energía tenían que saber qué se hacía con dichos metales.

Pero debía de tratarse de un plan sumamente secreto, ya que ni la propia Sibyria, pese a su alto cargo, lo conocía. ¿Era posible que Sibyria acabase enterrándose de lo que tanto le interesaba?

Tenía que intentarlo. Le parecía una canallada aprovecharse de los sentimientos de una mujer enamorada, pero estaba en juego la suerte de un planeta.

Además, si ella le quería, acabaría por ayudarle. Traicionaría quizás a su propio país, pero, ¿no estaba la historia llena de ejemplos semejantes? En todo caso, Sibyria, colaborando con él, ayudaría a corregir una injusticia.

Las calles de la capital aparecían prácticamente desiertas. Los fitonianos carecían de humor para las diversiones nocturnas.

Un par de veces se cruzó con la ronda. Enseñó su documentación y le dejaron circular libremente.

Había vehículos, unos estrambóticos automóviles, movidos por electricidad, pero Dagny prefirió caminar a pie. No tenía deseos de que un conductor parlanchín pudiera identificarle más adelante si se veía envuelto en algún jaleo.

Media hora después, llegó a su destino.

Estudió la casa durante unos momentos. Allí vivía Ghil Brosfer, el sujeto a quien Court había enviado sus mensajes desde la «Mont Pelée».

Era un edificio de tres pisos, de forma cúbica, construido, como todos, con grandes bloques de piedra gris, una casa de nulo atractivo aunque práctica, sencilla y sólida.

Brosfer vivía en el último piso. Los fitonianos podían ser rapaces con los terrestres, pero en su planeta eran de una honradez absoluta. Podía decirse que no se conocía el robo.

La puerta estaba abierta y la franqueó. Subió la escalera sin hacer ruido hasta llegar al último piso.

El departamento de Brosfer si estaba cerrado con llave. Dagny no se amilanó por ello.

Había ido prevenido para todas las contingencias posibles. Sacó del bolsillo un cilindro que parecía un lápiz grueso y enfocó la punta hacia la cerradura, vaporizándola silenciosamente en pocos segundos.

Empujó la puerta sin hacer ruido. Las luces de la casa estaban apagadas.

Dagny se puso unas gafas provistas de sendas lámparas, diminutas, pero de gran potencia lumínica. Guardó el cilindro y sacó una pequeña pistola energética.

Los ronquidos de un durmiente sirvieron para orientarle. Dagny llegó a la alcoba y contempló al individuo.

Brosfer era un sujeto de unos cincuenta años, gordo y rollizo, pero, como todos los fitonianos, con la tez sumamente pálida. Esto, que en una mujer como Sibyria podía constituir un exótico atractivo, en Brosfer resultaba harto desagradable.

Brosfer empezó a darse cuenta de que no estaba solo en la habitación. Se movió un poco y acabó por abrir los ojos.

—¿Eh? —dijo con voz espesa y torpe—. ¿Quién?

—Le traigo un mensaje de parte de Ned Court —dijo Dagny.

Brosfer se despabiló súbitamente y se sentó de golpe en la cama. Alargó la mano hacia su derecha, pero no llegó a completar el gesto.

—No se mueva —indicó Dagny—. Una pistola energética le apunta directamente al pecho.

Brosfer se quedó quieto en el acto. Parpadeó: la luz de las gafas de su desconocido visitante le daba de lleno en el rostro, deslumbrándole.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Qué es lo que quiere?

—Ned Court le envió a usted dos mensajes desde la nave terrestre «Mont Pelée». Quiero conocer su contenido —respondió Dagny.

—No sé nada…

Dagny estiró la mano armada.

—Hable o le mate ahora mismo —dijo.

Brosfer se puso a temblar.

—Le juro que yo…

—¡Hable!

—Eran mensajes que contenían información con respecto a la nave —dijo al cabo.

—¿Nada más? —preguntó Dagny, sintiéndose decepcionado.

—No, nada más.

Dagny frunció el ceño.

—Imagino que usted no recibía sólo mensajes de mi nave, ¿no es verdad?

Brosfer apretó los labios. Dagny supo así que su pregunta había dado en el blanco.

La casa de Brosfer tenía un aspecto corriente, se dijo. Como debía ser, como el alojamiento de un agente secreto fitoniano, en su opinión, de elevada categoría. Pero estaba seguro de que en aquel edificio se centralizaban todos los informes emitidos por los espías fitonianos situados a bordo de las naves terrestres.

Era lógico. Fitón permitía el comercio de la Tierra con otros planetas. Al mismo tiempo, tenía sujeta a la Tierra a su yugo. Era preciso evitar que los terrestres pudieran sacudirse un día ese yugo. Uno de los medios más eficaces para evitarlo consistía en tener un agente fitoniano a bordo en cada una de las naves comerciales de la Tierra.

¡Y había millares de astronaves terrestres comerciando por el espacio!

Sonrió. En todo momento, habían estado controlados y los fitonianos habían conocido con absoluta facilidad el menor de sus movimientos.

—Está bien —dijo al cabo, después de las precedentes reflexiones—. Ahora quiero hacerle una pregunta. Por su propio bien, espero que me la conteste.

—Según —dijo Brosfer evasivamente.

—Es su vida la que está en juego, no la mía —manifestó Dagny fríamente—. Me estoy acordando de una pobre muchacha asesinada inicuamente, ¿comprende?

—No sé nada…

—Cállese —le atajó el terrestre—. Escuche bien esto que voy a decirle y responda a mi pregunta, porque su vida responde de la contestación que va a darme. ¿Para qué quieren ustedes tantos cientos de miles de toneladas de metal?

Capítulo VII

Un profundo silencio siguió a las últimas palabras de Dagny. La frente de Brosfer se llenó de minúsculas gotitas de sudor.

Dagny adivinó que el fitoniano estaba luchando entre su deber de callar y el deseo de sobrevivir. Pero el destino de la Tierra estaba en juego.

A fin de cuentas, ellos no habían provocado a los fitonianos a un conflicto que, perdido luego, había dado origen a reparaciones de índole económica. No, simplemente, habían sido atacados sin mediar provocación.

Dagny volvió a levantar el arma.

—No se lo repetiré más, Brosfer —dijo.

El fitoniano extendió sus manos con gesto implorante.

—Es un secreto…

—Usted es uno de los jefes del espionaje de Fitón —dijo Dagny implacablemente—. Cuando se ha alcanzado determinado rango, se conocen todos los secretos de Estado. ¡Conteste!

—No puedo —contestó Brosfer desesperadamente—. Máteme; no le diré nada.

Dagny miró al fitoniano casi con admiración. Era preciso ser un hombre valiente para dar semejante respuesta.

Reflexionó unos instantes. Luego habló;

—Bien, al menos, dígame dónde almacenan tantas toneladas de metal.

—Muy… arriba, en el espacio… pero no conozco exactamente la posición.

Dagny se quedó atónito.

—¿En el espacio?

—Sí. Eso es cierto, puedo jurárselo. Pero me es imposible decirle nada más.

—Oiga —refunfuñó el terrestre—, ustedes llevan cinco años llevándose nada menos que el veinte por ciento de la producción metalífera de la Tierra. Eso suman… cientos de millares de toneladas. En Fitón se producen metales en cantidades suficientes para sus necesidades. ¿Para qué diablos almacenan allá arriba todo

lo que nos roban? ¡Debe de formar un satélite de tamaño gigantesco!

Brosfer guardó silencio. Dagny se dijo que a menos que emplease alguna tortura de tipo medieval, el fitoniano no hablaría.

—Está bien —dijo—. Me marcho.

Inició una media vuelta. Oyó ruido a sus espaldas y se volvió de nuevo.

Brosfer alargaba la mano hacia la mesilla de noche. Dagny apretó el gatillo de su pistola energética.

La descarga hizo dar un salto a Brosfer. Luego cayó de espaldas sobre el lecho, muerto instantáneamente.

Dagny meneó la cabeza.

—Tenía que ocurrir así —murmuró, impresionado a su pesar—. Pero no puedo ir por ahí, corriendo el riesgo de ser detenido en cualquier momento.

Guardó el arma. Aún no había terminado su labor.

Empezó el registro de la casa. Dos horas más tarde, juzgó oportuno retirarse.

Había encontrado muchas cosas interesantes, todas las cuales habían sido fotografiadas, quedando luego en su sitio, tal como estaban. El cadáver de Brosfer acabaría por ser descubierto y se iniciarían las oportunas investigaciones.

Alguien estaría enterado de lo que hacía Brosfer. Convenía dar la sensación de que su matador no había encontrado nada.

El robo no era corriente en Fitón. Más aún, apenas se tenían noticias de robos cometidos en los últimos años. Pero, de cuando en cuando…, se dijo Dagny.

¿Por qué, una vez al menos, no se iba a producir una muerte para robar?

Encontró dinero y se lo llevó, después de revolver unos cuantos cajones. Eso despistaría a los sabuesos fitonianos, pensó como remate de su labor.

* * *

Sibyria abrió la puerta y se arrojó en brazos de Dagny.

—Has estado tres días sin venir a verme —murmuró a su oído.

—He tenido trabajo —se excusó él, después ele besarla.

Estrechamente enlazados, entraron en la casa. Dagny cerró de un taconazo.

—Cada día que pasa te quiero más, Sibyria.

Ella hundió la cara en el pecho del terrestre.

Ahora eres sincero y dices la verdad —musitó—. Pero un día, levantarás el vuelo y te irás sin despedirte siquiera. No importa, querido; deseo disfrutar de este maravilloso sueño…

Dagny acarició suavemente sus cabellos.

No podía decirle que se había pasado tres días, encerrado en su cámara, revelando las fotografías obtenidas en casa de Brosfer, merced a las cuales había confirmado y ampliado las informaciones obtenidas de la documentación de Court.

Ahora conocía los nombres terrestres y los auténticos, así como su situación en cada nave terrestre, de todos y cada uno de los agentes fitonianos.

Era una información de extremo valor. Con ella, en un momento dado, la red de espías enemigos podía ser destruida de golpe.

Por el momento, sin embargo, no le convenía. Era preciso actuar cuando todo estuviese a punto, cuando los fitonianos quedasen incapacitados para defenderse, con un ataque rápido, fulminante, devastador.

Pero ahora tenía algo mejor que pensar en asuntos de espionaje. Estaba con la hermosa Sibyria en sus brazos.

—Tienes que venir a mi nave —dijo él más tarde.

—¿Para qué? —preguntó Sibyria, reclinada en su pecho.

—Bueno, a mis naves —sonrió Dagny—. Ya sabes que encontré una nave abandonada por su tripulación. Según la ley del espacio, su cargamento nos pertenece, aparte del valor de la nave en sí.

—No estoy muy al corriente de asuntos legales, pero así debe de ser. ¿Qué más, Jean?

—Tengo telas de gran valor, objetos artísticos terrestres, algunas joyas, vinos y alimentos de mi planeta, material científico… Quiero hacerte un buen regalo, pero quiero que seas tú misma quien lo elija. A tu gusto y sin limitación… y dándote prisa. No sabes el éxito que estoy teniendo con la venta de los cargamentos.

Sibyria sonrió dichosa.

—Iré mañana, si te parece —contestó.

—Como gustes. Sibyria, de esta hecha me haré rico. He fijado

unos precios altísimos para los artículos y aun así, nos los quitan de las manos.

—En la Tierra hacéis bien las cosas, Jean. Por eso vuestras mercancías tienen tanto éxito entre nosotros… y en los demás planetas también.

Dagny rió suavemente.

—Sí, somos los nuevos fenicios de la Galaxia —dijo.

—¿Fenicios? ¿Qué significa esa palabra?

—Era un pueblo de la antigüedad de mi planeta, compuesto exclusivamente por mercaderes. Según se dice, fueron ellos los que inventaron el dinero… pero hablemos de otras cosas. ¿Cuándo te hacen ministro de Energía?

—Oh, sólo soy un funcionario de carrera —contestó Sibyria—. Tal vez, algún día, ocupe alguna subsecretaría, pero dentro de muchos años y no pasaré de ahí.

—Es una lástima que no lo seas ya —dijo él.

Sibyria se separó un poco de Dagny y le miró al fondo de los ojos.

—Tú quieres saber una cosa —dijo.

—Sí —admitió él sin rodeos.

—Es… algo muy importante para Fitón. De esos metales que traemos de nuestro planeta depende nuestra supervivencia. Jean, eso es cuanto puedo decirte… porque no sé más.

—Pero si lo supieras…

Sibyria vaciló.

—Seamos francos, Jean. ¿Eres agente secreto de tu planeta? —preguntó.

—¿Qué pasaría en caso de una contestación afirmativa?

Ella se levantó de pronto y dio unos cortos paseos por la estancia. Dagny se dio cuenta de que su pecho se movía con síntomas de indudable agitación interior.

De pronto, Sibyria se detuvo frente a él.

—Dagny, sea lo que seas, puedes estar seguro de que no te delataré. Pero yo también soy una fitoniana ¿comprendes?

—Sí, querida.

—Todo cuanto sé, lo sabes tú ya, Jean. Sin embargo, si por razón de mi cargo llegase a conocer más detalles, tendría que guardar secreto. ¿Tú sabrías disculparme, no es cierto?

—Desde luego, querida.

Sibyria se arrodilló a su lado y le cogió ambas manos.

—Sé lo que estás pensando, que os tenemos sujetos, esclavizados o poco menos… pero yo no he realizado el menor acto hostil contra un terrestre. Es más, comprendo perfectamente vuestros puntos de vista, pero, ¿puedo hacer yo algo para evitar esta situación?

—Yo me pregunto por qué, si Fitón necesita tanto esos metales, no estableció un pacto comercial con la Tierra. Habría pagado todo lo que se ha llevado, nosotros hubiésemos cumplido las cláusulas del pacto y…

—No sé, no sé —dijo ella acongojadamente—. No me hagas más preguntas, Jean, por lo que más quieras.

Dagny acarició suavemente los cabellos de la fitoniana.

—Sibyria, olvidemos este problema por el momento. Ocupémonos de nosotros mismos —murmuro.

Ella alzó la cara y le miró. Sus hermosos ojos estaban llenos de lágrimas, pero sonreía.

Mientras la besaba, Dagny se dijo que Sibyria era sincera. Le había dicho cuanto sabía.

Pero o no conocía él a las mujeres o la curiosidad de Sibyria acabaría por hacerle conocer el secreto del gigantesco almacén de metales situado en el espacio. Era sólo cuestión de tiempo que él acabase por compartir el secreto que Sibyria llegaría indefectible; mente a conocer.

Tiempo era lo que le sobraba, resumió finalmente sus pensamientos, en tanto que los brazos de la hermosa fitoniana ponían un cálido dogal en torno a su cuello.

* * *

La venta progresaba satisfactoriamente.

Fitzsinn, el primero de a bordo, entró en la cámara donde Dagny estudiaba documentos de la nave relacionados con las mercancías en venta.

—Si la cosa sigue como hasta ahora, dentro de una semana tendremos vacías las bodegas, capitán —anunció.

Dagny sonrió.

—Dígale a Utter que aumente los precios en un cincuenta por

ciento —dispuso.

—¡Cielos! Los fitonianos protestarán…

—Pero pagarán. Por supuesto, los de bolsa más repleta, que, como ocurre en todas partes, son los menos —contestó Dagny sonriendo—. Eso nos permitirá estar más tiempo en Fitón.

—Muy bien, capitán. ¿Ha averiguado algo de nuevo?

Dagny no se quiso comprometer.

—Todavía no. Tengo que hacer algunas visitas… es probable que empiece a la noche. O mañana, ya veré.

Un tripulante llamó a la puerta.

—Abra, Roy —dijo Dagny.

El segundo obedeció. La figura de un hombre se recortó en el umbral.

—Disculpe, capitán —habló—. El capitán Ben Millán, de la «Estelle Ryan» le envía sus saludos y pregunta si está usted en condiciones de recibirle.

—¡Millán! —exclamó Dagny—. Claro que sí, al momento… Espere un momento, de todas formas. Déjenos solos por ahora, Pete.

—Sí, señor —contestó el tripulante, a la vez que cerraba la puerta.

Dagny miró a su segundo.

—Roy, llevamos seis años juntos y yo me fío mucho de su opinión. ¿Qué piensa del capitán Millán?

—Un buen astronauta…

—No, no, eso no, Roy. Me refiero a sus cualidades personales: valor, discreción…

—En cuanto a eso, no hay más que hablar, capitán. Ben Millán es de los buenos.

—Gracias, Roy. Lo mismo pensaba yo, pero quería que alguien me lo confirmase. Dígale que estoy terminando unos cálculos y que dentro de diez minutos exactamente podré recibirle, ¿quiere?

—Con mucho gusto, capitán.

Al quedarse solo, Dagny se puso en pie y se acercó a la caja fuerte donde guardaba, no sólo el dinero en divisas espaciales necesario para sus transacciones comerciales, sino la documentación de la nave y las claves de comunicación interestelar y con la Tierra.

También guardaba otros documentos muy importantes, entre

ellos la lista de los agentes fitonianos infiltrados a bordo de las naves comerciales terrestres.

Capítulo VIII

El capitán Millán escuchó en silencio el relato que] le hizo su anfitrión. Al terminar de hablar Dagny, Millán cogió su copa y la vació de golpe.

—Es increíble… pero eso explica muchas cosas, Jean —dijo.

—Opino igual que tú, Ben —contestó Dagny.

—De modo que yo tengo un espía fitoniano a bordo de mi nave.

Dagny tiró un papel que, tras revolotear un poco, fue a caer delante de su huésped.

—Ése es el nombre terrestre. Verás que también figura su nombre auténtico y la cifra empleada en su código de identificación con la jefatura del espionaje fitoniano.

Millán silbó admirado, mientras leía las palabras escritas en el papel.

—Si es cierto lo que dices, has hecho un descubrimiento sensacional, Jean —dijo luego.

—No ha estado mal —sonrió Dagny—. Claro que también ha influido un poco la suerte…

—¡A cualquier cosa llamas tú suerte! —rió Millán—. Bien, ¿qué quieres que haga con este pajarraco?

—De momento, nada. Sigue tu vida normal en el espacio, pero tenlo vigilado constantemente.

—¿Querrás informes de su actuación?

—A menos que estimes que son de gran importancia, no. Te recomiendo, no obstante, que tengas continuamente vigilado el registro de mensajes. Ahora te daré una copia de la clave que emplean los agentes fitonianos, para que puedas descifrar cualquiera que pueda enviar a un supuesto amigo terrestre en Fitón.

—Entiendo. ¿Qué más, Jean?

Dagny apoyó ambas manos en la mesa y miró fijamente a su amigo.

—Mi misión en Fitón es importantísima, pero la tuya no le irá a la zaga, Ben —dijo—. Se trata, sencillamente, de que vayas advirtiendo a los demás capitanes de astronave terrestres. Yo podría hacerlo, pero estimo no debo correr riesgos. En el momento que yo

señale, se procederá a inutilizar, de golpe, a todos los agentes fitonianos. Aquí quedarán sin información y ello nos permitirá actuar por sorpresa, ¿comprendes?

—Sí, claro.

—Son muchos nombres. La lista es larga, pero tendrás que hacerlo, Ben. Ya la tengo preparada en un microfilme. ¿Dónde te parece que puedes llevarlo sin probabilidades de que lo encuentren?

Millán reflexionó un momento.

Luego dijo:

—Me lo insertaré bajo el cuero cabelludo. Después usaré pomada cicatrizante rápida. En un par de horas, habrá desaparecido toda señal del injerto.

—Buena idea —aprobó el anfitrión.

—Si te parece, podríamos empezar ahora…

Una llamada en la puerta les interrumpió súbitamente.

Dagny abrió. Un tripulante aguardaba al otro lado.

—Señor, una dama fitoniana desea verle —anunció—. Dice que usted la ha invitado.

—Es cierto —sonrió Dagny—. Hágala pasar, José.

Se volvió hacia su huésped.

—Vuelve mañana para terminar esta conversación, Ben —dijo.

Millán se puso en pie sonriendo.

—Veo que no pierdes tiempo en estrechar relaciones con Fitón —dijo.

Dagny sonrió también.

—El amor borra todas las diferencias, se asegura —contestó de buen humor.

—Sí, eso dicen —convino Millán—. Hasta mañana, Jean.

—Hasta mañana, Ben.

Momentos después, Sibyria entraba en la cámara. Su bello rostro estaba cubierto por un finísimo velo, del que se despojó apenas cruzado el umbral.

—Estoy aquí, aceptando tu invitación —sonrió—. Mis amigas estaban muertas de envidia cuando les dije que iba a visitar tu nave.

—A mí me envidian los terrestres —contestó él—.

Y tienen motivos sobrados, ¿no crees?

Sibyria se sonrojó ligeramente. Luego, Dagny la cogió por un brazo y la empujó con suavidad hacia la puerta.

—Ven, y elegirás la mejor pieza de los tesoros de Alí Babá —dijo.

—¿Quién es Alí Babá? —preguntó Sibyria ingenuamente.

—Un tipo muy listo que existió hace un montón de siglos. Era un famoso ladrón… y hay veces en que yo me siento como él.

—¿También robas? —preguntó Sibyria, mirándole con expresión de susto.

Dagny se inclinó hacia ella. Confidencialmente, dijo:

—Sólo robo corazones de fitonianas, querida.

Las calles de la ciudad estaban prácticamente desiertas, como de costumbre.

Dagny había decidido que ya era hora de tomar contacto con el primer agente de la Tierra en Fitón. Quería saber qué habían averiguado los hombres de Havill al cabo de tres años.

Caminó con paso rápido y resuelto. El hombre se llamaba Derr Tyrias. Se preguntó qué aspecto tendría.

Tyrias vivía bastante lejos. Era un fastidio tener que cubrir la distancia a pie, pero lo estimaba menos peligroso que tomar un vehículo fitoniano.

Dobló una esquina. Lo hizo con bastante amplitud y, al girar, le pareció ver de reojo una sombra a lo lejos.

Frunció el ceño. ¿Le estaban siguiendo?

Era cosa de comprobarlo, se dijo. Aminoró el paso, aunque continuó marchando con normalidad.

Al cabo de unos momentos, se detuvo para encender un cigarrillo. Miró nuevamente de reojo.

La sombra desaparecía en un portal en aquel instante. A Dagny le pareció que lo hacía con demasiada rapidez para ser uno de los habitantes de aquella casa.

Volvió a andar. Había llegado el instante de confirmar sus sospechas o desecharlas.

Cincuenta metros más adelante, dobló otra esquina. A cuatro pasos había un portal y Dagny se guareció en él.

Esperó, oculto en las sombras. No tardó en oír pasos precipitados.

Los pasos se hicieron más cautelosos a poco, lo cual le indicó que su seguidor había doblado la esquina. Protegido por el portal, Dagny aguardó el momento propicio.

Una silueta se dibujó ante sus ojos. El espía no le había visto.

Dagny saltó sobre él. Su ataque resultó fulminante.

El espía no tuvo tiempo de enterarse de lo que le había sucedido. Antes de que cayera al suelo ya le había cogido por los brazos y le arrastraba al hueco del portal.

Asomó la cabeza fuera. No se veía a nadie. Cuando el sujeto despertase, él ya estaría muy lejos.

Un cuarto de hora más tarde, llegó a la casa de Derr Tyrias.

El aspecto del edificio era, poco más o menos, el de todos: un cubo con puertas y ventanas, aunque en esta ocasión, la piedra era de color un poco más claro.

—A lo que parece, el tiempo aquí no se desperdicia construyendo fachadas que recreen la vista —refunfuñó disgustadamente.

Parecía mentira, se dijo, que un pueblo que había sido capaz de adelantos científicos tales como colocar una pantalla delante del Sol y dejar sin luz y calor a la Tierra, tuviese un concepto tan espartano de la vida y de cuantas cosas eran necesarias para vivir. Claro que, bien mirado, sólo hacía una docena de años que los fitonianos estaban en relaciones comerciales con la Tierra y desde el principio habían apreciado las cosas buenas que se hacían en este planeta.

Por eso tenían tanto éxito las naves comerciales terrestres que se detenían a traficar en Fitón. Lo malo era que la moneda fitoniana no tenía demasiado aprecio en el mercado estelar de divisas y ello hacía que las escalas de las astronaves terrestres no fuesen tan frecuentes como, sin duda, hubiesen deseado los fitonianos.

Por otra parte, existía entre ambos planetas un estado de guerra no declarado, una opresión del uno sobre el otro, que no contribuía precisamente a mejorar las relaciones. Muchos comandantes de astronave, cuando les hablaban de comerciar con Fitón, aseguran desdeñosamente y juraban que eran capaces de tirar su carga antes que vendérsela a los fitonianos.

Dando de lado estas reflexiones, Dagny entró en el portal.

Subió al segundo piso, que era donde vivía Tyrias. Al llegar a la puerta de su departamento, llamó con los nudillos, de acuerdo con una clave convenida de antemano.

Esperó un minuto largo. Silencio.

Volvió a llamar. El silencio continuaba.

Dagny frunció el ceño.

Resultaba extraño que Tyrias no contestase. Estaba allí bajo el papel de un fitoniano y los habitantes de aquel planeta solían recogerse en casa muy temprano.

Un oscuro presentimiento cruzó por su imaginación. Sacó el tubo de energía y fundió la cerradura de la puerta.

Empujó suavemente. El piso estaba a oscuras.

Cerró a sus espaldas. Luego tanteó en busca del interruptor de la luz.

Cuando se hubo disipado la oscuridad, Jean Dagny comprendió en el acto las causas del silencio de Tyrias.

Era un silencio eterno, Tyrias había muerto.

Capítulo IX

Dagny se arrodilló junto al cadáver.

—En el centro de su pecho se veía un redondo agujerito negro. La descarga energética había acabado en un instante con la vida del agente terrestre.

Todo estaba en orden. Era inútil achacar al robo el móvil de aquella muerte.

Los motivos estaban bien claros. Dagny pensó que Court había aprovechado bien el tiempo durante sus últimos días en la «Mont Pelée».

De repente, se le ocurrió una idea que le hizo sentir frío.

¡Había en Fitón más agentes de la Tierra!

Puesto que Tyrias había muerto asesinado, era de suponer que el que lo hizo conocía su domicilio e identidad. Resultaba lógico calcular que los nombres y domicilios de los demás agentes fuesen también conocidos.

En tal caso, corrían gravísimo peligro de muerte. Había que avisarlos, pero, ¿no llegaría ya demasiado tarde el aviso?

Se puso en pie. Sacó una pistola energética y, con la ayuda de una navajita, desatornilló una de las cachas de la culata.

Debajo, adherida a la cacha, llevaba el microfilme con los nombres y domicilios de los agentes terrestres. Buscó un rincón iluminado y sacó una lupa cuyo diámetro superaba apenas al de la uña de su pulgar.

Era un grave riesgo el que iba a correr, pero tenía que afrontarlo. Por fortuna, se dijo, el visófono hacía muchos años que había llegado a Fitón.

Casualmente, el primer agente de la lista vivía a no más de un kilómetro del lugar en que se hallaba. Dagny marcó las cifras de su visófono y esperó.

Por un momento, llegó a creer que el hombre había muerto también asesinado. De pronto, vio que aparecía en la pantalla la señal de respuesta.

Una cara humana surgió casi en el acto. Dagny pronunció la frase clave para casos de extrema urgencia:

—Florida, Velocidad Cien.

El hombre se sobresaltó.

—Usted es…

Dagny le interrumpió.

—¡Corra, no tiene tiempo que perder! ¡Su vida está amenazada!

—Gracias.

De repente, otra figura humana entró en campo. Dagny, instantáneamente, tapó con la mano el objetivo de su visófono. Al hacer esto, evitaba que sus facciones aparecieran en la pantalla del otro visófono.

Impotente, contempló la tragedia. El recién llegado tenía ya en la mano su pistola energética. El agente de la Tierra empezó a volverse, pero lo único que pudo hacer fue recibir en pleno pecho la descarga que lo fulminó instantáneamente.

Dagny se quedó helado de horror. Tyrias había muerto hacía poco. El otro agente acababa de morir ante sus propios ojos.

La deducción era clara. Aquélla era la «noche de los cuchillos largos» para todos los agentes de la Tierra.

Estaban siendo exterminados.

Dagny se sintió tentado de echar a correr y ver de alcanzar al asesino, pero se dijo que ya era inútil. Los mil metros de distancia que había eran una barrera insalvable.

¿Qué iba a saber el asesino? Alguien muy poderoso le había dado orden de cometer una muerte y la orden había sido cumplida sin más dilación.

Dagny sacó un fósforo y quemó el microfilme con la lista de los agentes terrestres. Era un objeto que no sólo no le servía ya para nada, sino que podía comprometerle si se lo encontraban encima.

Al quemar el microfilme, le pareció que era él quien mataba a todos sus compatriotas.

Amargado, sintiendo en la boca un sabor a cenizas, abandonó la casa.

Caminó lentamente, casi sin rumbo fijo. Necesitaba reflexionar. A partir de aquel momento, tenía que actuar poco menos que sin ayuda.

Sintióse tentado por un momento de dar la orden de eliminar a todos los agentes fitonianos, a bordo de las naves terrestres, pero desistió apenas concebida la idea.

Una orden semejante, en aquellos momentos, sólo habría significado una represalia, de utilidad harto discutible. Por el momento, era mejor aplazar aquella operación.

De pronto oyó un grito de mujer.

Dagny irguió la cabeza.

El grito había sonado a poca distancia, al otro lado de una esquina cercana. Dagny echó a correr, pero no cometió la imprudencia de salir al otro lado sin antes saber bien lo que ocurría.

A diez pasos, vio a dos individuos forcejeando con una mujer. Intentaban robarla, a lo que parecía.

—Y luego dicen que el robo es una enfermedad que no se da en Fitón —murmuró cáusticamente.

—¡Eh! —gritó, avanzando unos cuantos pasos.

Los sujetos, sorprendidos, se volvieron. Uno de ellos, sin más, echó a correr.

El otro plantó cara al terrestre. Dagny vio que forcejeaba bajo su blusa para, evidentemente, sacar un arma.

Antes de que pudiera hacerlo, cayó sobre él y lo derribó de un fenomenal derechazo. La mujer, con los ojos dilatados por el susto, estaba apoyada en la pared cercana.

Dagny se inclinó sobre el caído y le desposeyó de una pistola energética. Su compinche se había perdido de vista.

Luego se enfrentó con la mujer. Era muy bella y vestía con singular elegancia.

—Señora, celebro infinito haber podido evitarle un mal trance —dijo—. Soy Jean Dagny, terrestre, comandante de la astronave comercial «Mont Pelée».

Ella empezaba a recobrarse. Hizo un esfuerzo y sonrió.

—Le agradezco su ayuda, capitán —contestó—. Quisiera presentarme…, pero por ciertas razones, considero mejor mantener mi nombre en el incógnito. Espero sepa comprenderme, capitán Dagny.

El terrestre se inclinó.

—Nunca me ha gustado forzar a una mujer a hacer algo contra su voluntad —replicó—. ¿Estaban robándola? —dijo, señalando al caído.

La fitoniana vaciló.

—Sí —contestó al cabo.

—Si le han cogido algo de valor…

—Su intervención lo evitó, capitán.

—Lo celebro infinito, señora. Opino, sin embargo, que sería conveniente que volviese a su casa. ¿Me permite que la acompañe?

Dagny observó que ella vacilaba de nuevo. Por fin la joven accedió.

—Se lo agradezco, capitán.

Dagny le ofreció su brazo.

—Si lo desea, podemos llamar a la ronda… —indicó.

—No, no es necesario —contestó ella apresuradamente—. Ya… ya tienen bastante castigo.

—Sólo uno de ellos, señora.

—Es igual. Dejémoslos, ¿quiere?

—Estoy a sus órdenes, señora. ¿Vive muy lejos de aquí?

—A unos mil metros, pero le voy a pedir una cosa, capitán Dagny.

—Usted dirá.

—No es necesario que me acompañe hasta mi casa. Déjeme en aquella esquina, por favor.

—Estoy a sus órdenes, señora.

Dagny procuró mantener la compostura. Algunos fitonianos, y fitonianas también, por supuesto, se portaban como terrestres legítimos en determinados aspectos. La severidad de las normas de vida fitoniana era quebrantada en alguna ocasión.

Ella era muy hermosa, aunque a Dagny le pareció que bordeaba la treintena. Sin embargo, no podía compararse con Sibyria.

Minutos después, la fitoniana se despidió de él.

—Le doy las gracias de nuevo, capitán —dijo—. No siga, se lo ruego.

Dagny sonrió.

—Respeto sus deseos, señora, pero debe recordar que soy terrestre —contestó—. Para ciertas cosas, los terrestres guardamos una absoluta discreción.

Ella enrojeció fuertemente. Tendió la mano a Dagny, musitó un «gracias» apenas audible y girando sobre sus talones, se alejó con paso rápido.

—Algún fitoniano es un tipo con mucha suerte —murmuró Dagny sonriendo.

Pero luego se acordó que una docena de compatriotas habían muerto aquella noche y la sonrisa se borró de sus labios casi instantáneamente.

* * *

Cuando la puerta se abrió, Dagny tenía las manos a la espalda. Sibyria le miró, sonrió y dijo:

—Me traes otro regalo.

—Así es —contestó él, sacándolo a la vista—. Toma.

—Espera un momento —pidió Sibyria—. Te has olvidado de saludarme.

Y se colgó de su cuello.

Momentos después, se sentaban en el diván. Ella quitó la envoltura del paquete y dejó a la vista dos copas de bellísima factura, del mejor cristal terrestre.

—Son maravillosas —dijo Sibyria, arrobada—. Pero, ¿por qué sólo dos copas?

—¿Es que no lo comprendes? ¿Cuándo necesitaremos tú y yo más de dos copas?

—Oh —murmuró ella—. Vosotros, los terrestres, tenéis unos gestos…

Le miró a los ojos y añadió:

—Estoy viviendo un sueño de amor, Jean. Sólo despertaré cuando te marches.

—Puedes venirte conmigo. Ahora tengo que regresar a la Tierra. Cuando termine aquí, la nave estará vacía de carga. Llevaré algunos artículos fitonianos, no tendrán ninguna importancia. Tú sí la tendrás… si te decides a venir.

Ella meneó la cabeza.

—Imposible. Por dos razones —contestó.

—Oigámoslas —dijo él.

—Primero, vuestro planeta es radiactivo. Yo moriría allí en pocos años.

—¡Absurdo! Eso son historias de vuestro gobierno para impediros viajar a la Tierra. ¿No comprendes que, en ese caso, si bien yo, por naturaleza, sería inmune a la radiactividad, podría dañarte?

Sibyria se mordió los labios.

—Es posible que tengas razón —admitió—. Pero queda otra razón poderosa que hace imposible ese viaje, aunque sea mentira lo de la radiactividad del suelo terrestre.

—Bien, sigue —dijo él simplemente.

—Soy fitoniana. En las circunstancias actuales, yo no estaría bien vista en tu planeta.

Dagny asintió. Ella le puso las manos sobre los hombros y le miró con expresión suplicante.

—Pero tú sí te puedes quedar aquí —dijo.

Dagny meneó la cabeza negativamente.

No —contestó—. Tú vendrás conmigo…, no sé cuándo, pero te vendrás y te aseguro que para entonces, este problema se habrá resuelto ya.

—Lo dudo mucho —contestó la joven con triste acento.

—¿Por qué? —quiso saber él.

—Hoy ha llegado a mi conocimiento una información de gran importancia. Si supieran que te lo he dicho… Pero creo que debes saberlo, Jean. El gobierno de Fitón está considerando la posibilidad de exigir de vuestro planeta una cantidad mayor de metales… un cinco por ciento más, es decir, el veinticinco por ciento de vuestra producción global.

Capítulo X

Dagny se paseaba nerviosamente por la estancia.

La noticia, en efecto, tenía gran importancia.

Podía producir, incluso, desastrosos efectos entre la población terrestre cuando se conociese. En la Tierra empezaban a notarse ya los agobios que causaba aquella constante sangría de metales, cuyo precio se pagaba entre todos. Si se aumentaba el porcentaje…

—Habrá motines —dijo, como si hablase consigo mismo—. Surgirán oradores que criticarán exacerbadamente al gobierno y les llamarán pandilla de traidores, vendidos al enemigo y se pronunciará la frase clásica: «Libertad o muerte». Y llegará la muerte, pero no la libertad.

Los ojos de la joven estaban llenos de lágrimas.

—Te aseguro que daría algo muy valioso por evitar lo que os pasa —dijo.

—Tú no tienes la culpa —gruñó Dagny—. Pero, ¿por qué? ¿Para qué quieren tantos metales? Si no fabrican nada con ellos, ¿para qué los quieren?

Sibyria meneó la cabeza.

No lo sé. Es un proyecto muy secreto, sólo conocido de sus autores y de quienes intervienen en él —contestó—. Pero al mismo tiempo, sé que se ha dado la orden de intensificar la producción carbonífera de Fitón.

Dagny arqueó las cejas.

—¿La producción de carbón? —exclamó.

—Sí. Yo lo sé porque la orden ha pasado por mis manos y he tenido que transmitirla a la dirección de la Zona Negra.

—¿Qué es eso de la Zona Negra? —preguntó el terrestre.

—Hay un sector del planeta, a dos mil ochocientos kilómetros al sud-oeste, donde existe una vasta zona con inmensos yacimientos de carbón —explicó Sibyria—. Las vetas llegan hasta diez y doce kilómetros bajo la superficie y la extensión total de la zona es de unos cuarenta y cuatro mil kilómetros cuadrados. De allí se ha extraído siempre el carbón que necesitábamos para nuestras fuentes de energía.

—Sí. ¿Qué más?

—Bueno, todavía se sigue usando el carbón para las grandes centrales caloríferas. Resulta barato y, de este modo, la calefacción en las épocas frías está garantizada a un precio ínfimo. Pero no sé para qué pueden querer más carbón, Jean.

Dagny frunció el ceño.

¿Tenía alguna relación lo que acababa de oír respecto al carbón fitoniano con la presunta elevación del porcentaje de metales que la Tierra debía entregar?

Una sonrisa se formó en sus labios.

—Querida —dijo—, ¿por qué no dejamos de lado esos problemas por unos momentos y nos ocupamos de nosotros mismos?

—Sibyria sonrió también y le tendió sus brazos.

—Tienes razón, querido. Ven… ven… —susurró con acento cargado de pasión.

Cuando llegó a la nave, Roy Fitzsinn le recibió preocupadamente.

—Tiene dos mensajes, capitán —anunció—. Uno de ellos es del capitán Millán. Tenía el indicativo de urgencia y me he permitido descifrarlo.

—Ha hecho bien, Roy —aprobó el joven, a la vez tomaba el papel que le tendía su segundo.

Dagny leyó:

De Millán a Dagny. Localizada casualmente gigantesca masa metálica en el espacio, setenta millones kilómetros superficie Fitón. Coordenadas: 45° 7”42’ ascensión recta; 87° 12”29’ declinación Este. Zona vigiladísima. Fin del mensaje.

—Muy interesante —murmuró Dagny, al terminar la lectura, recordando las declaraciones de Brosfer.

Los metales traídos de la tierra estaban en el espacio. Ahora conocía su localización exacta.

—El otro mensaje es también de mucha importancia —dijo Fitzsinn, interrumpiendo sus meditaciones.

—¿Quién lo envía?

—El ministro del interior, Offwen.

Dagny se quedó parado.

Ciertamente, conocía el nombre del ministro del Interior, pero jamás había tenido relación con él. Se preguntó qué podía querer de él un personaje tan importante.

—El ministro desea que le visite usted cuanto antes —dijo Fitzsinn.

Dagny reflexionó unos momentos.

—El ministro tendrá que esperar —contestó al cabo—. Ahora tengo algo mucho más importante que hacer.

—Pero, ¡capitán! ¡Una llamada de un ministro fitoniano no se puede desatender…!

—Lo siento, Roy —dijo Dagny, firmemente resuelto a poner en práctica el plan que se le había ocurrido—. Ordene que alisten una nave auxiliar, la más pequeña de que disponemos.

Fitzsinn se resignó.

—Sí, señor. ¿Qué digo si alguien pregunta por usted en nombre del ministro? —preguntó.

—Dígale que no he venido por la nave —contestó Dagny sin vacilar—. Ah, en el bote incluirá usted elementos de defensa. Bastarán los de norma.

—Sí, señor.

A continuación, Dagny se encerró en su cámara.

Antes de salir de la Tierra, había sido provisto de una clave especial, que sólo él conocía. Escribió un mensaje en lenguaje corriente, lo repasó, corrigió algunas frases y por último lo cifró.

El mensaje decía lo siguiente:

Recibida información confidencial gobierno Pitón está considerando conveniencia aumentar hasta un veinticinco por ciento porcentaje tributo metal. Se ha ordenado intensificar producción carbón fitoniano. ¿Existe alguna relación entre ambos hechos? Interesante saberlo, máxima urgencia Capitán Dagny. Fin del mensaje.

Una vez cifrado, hizo que lo despachasen en el acto. Por medio de la radio subespacial, en pocas horas, el ministro Havill tendría conocimiento de la nueva situación planteada.

Poco después, Fitzsinn le anunció que ya tema listo el bote

auxiliar.

Dagny no perdió tiempo. Embarcó en el aparato, repasó los instrumentos con un experto vistazo y, a los pocos momentos, alzaba el vuelo.

La «Mont Pelée» estaba estacionada junto a la otra nave, en uno de los extremos del astropuerto de la capital fitoniana. Los nativos acudían allí a hacer sus compras. Era una zona reservada exclusivamente para transacciones comerciales.

Dagny se elevó casi en vertical hasta cinco mil metros de altura. Luego orientó el aparato y voló en dirección norte.

Sin embargo, no tardó en virar para adoptar el rumbo señalado por Sibyria. Una vez hubo perdido el astropuerto de vista, descendió hasta medio centenar de metros del suelo y entonces lanzó el bote a la máxima velocidad.

El aparato podía alcanzar velocidades orbitales. En la atmósfera, su marcha debía ser, sin embargo, más reducida. Para los planes de Dagny, un Mach 2, este es, vuelo al doble de la velocidad del sonido, era más que suficiente.

A la hora, divisó en lontananza una gran mancha en la atmósfera.

Era como una tenue cortina de gasa que ocupaba un gran frente y ascendía a decenas de miles de altura. Su color era grisáceo. Se trataba, sencillamente de polvillo impalpable de carbón, procedente de los yacimientos de la Zona Negra.

Redujo la velocidad del aparato. El suelo era un tanto irregular y aprovechó los accidentes del terreno para volar por sitios que le ocultasen a una posible observación enemiga.

De pronto vio ascender raudamente un gran cohete. En la distancia, se veía muy pequeño, pero Dagny cálculo, por la intensidad de sus chorros, el tamaño

—Pesa unas veinte mil toneladas —se dijo.

Continuaba quitando gas. Poco más tarde, divisó una colina pedregosa, que le pareció un excelente observatorio.

Aminoró la marcha, hasta situar el aparato en el hueco de dos rocas de enorme tamaño. El color del suelo era de un ocre triste, deprimente. No había la menor señal de vegetación. La aridez era total.

Salió del aparato. Una vaharada de un olor peculiar le dio en la

cara.

Resultaba penoso respirar en aquella atmósfera, por lo que, después de pensárselo bien, entró en el aparato y buscó gasas, con las que se fabricó una amplia mascarilla que alivió no poco la desagradable sensación de ahogo que se percibía en aquellos parajes.

Provisto de unos prismáticos de gran alcance, canino una docena de pasos, hasta encontrar el lugar adecuado para observar. Era una especie de parapeto natural, que le permitía estar cómodamente en pie sin ser visto.

Enfocó los prismáticos hacia el objetivo. La distancia era aún relativamente grande, pero el aparato óptico tenía un notable alcance. Por lo demás, no necesitaba excesivos detalles sino una visión en conjunto.

Lo que vio le dejó estupefacto. En un área grandísima, había una serie de instalaciones de extracción de mineral, como creía no existían siquiera en la Tierra. La mecanización le pareció punto menos que perfecta y los hombres, estimó, intervenían para poco más que vigilar los instrumentos de las enormes máquinas que funcionaban constantemente.

Dagny no tenía grandes conocimientos de minería, pero creyó adivinar que el carbón extraído, en ingentes cantidades, era sometido primero a un proceso de purificación, donde era separado de la ganga por completo, y luego triturado hasta ser convertido en polvillo impalpable, más fino aún que la harina.

Ello explicaba la nube de gasa gris que flotaba de continuo sobre el área. Pese a que debía de haber filtros en abundancia, el polvillo de carbón, se elevaba y flotaba por todas partes, ensuciando desagradablemente la atmósfera. La distancia le impedía distinguir detalles de los escasos fitonianos que pudo divisar, pero opinó que debían de llevar máscaras respiratorias.

De otro modo, se dijo, era imposible respirar en aquella atmósfera. Incluso él, a unos doce o trece kilómetros de distancia, percibía los nocivos efecto; del polvillo de carbón en suspensión. Aquellas instalaciones mineras no trabajaban únicamente para beneficio de la población fitoniana.

Había unas gigantescas máquinas en las cuales entraba el carbón pulverizado por un lado y salía por otra parte, en enormes bloques

cúbicos de varios metros de lado. Las enormes grúas puente que transportaban aquellos bloques le dijeron que el carbón pulverizado debía ser sometido a un proceso de con presión que, ahorrando espacio, permitiera un máximo de cantidad de mineral en cada bloque.

Gigantescas cintas transportadoras llevaban incesantemente aquellos bloques al astropuerto situado en uno de los extremos de la zona. A poco de llegar allí, Dagny vio zarpar otra astronave, de un tamaño desusado en comparación con las corrientes usadas por los fitonianos.

Era un espectáculo increíble y, al mismo tiempo, fascinante. A Dagny el tiempo se le hizo extremadamente corto, hasta el punto de que, cuando se dio cuenta, habían pasado más de tres horas desde su llegada.

En aquel tiempo, pudo ver el despegue de cuatro naves. El cálculo era sencillo: una nave por hora Empezaba a pensar en regresar a la capital, cuando de pronto, divisó algo que le hizo fruncir el ceño.

Era lógico que aquella zona estuviese custodiada por fuerzas de seguridad. Una patrulla había advertido su presencia y corría a su encuentro.

Capítulo XI

Eran tres navecillas de tamaño ligeramente inferior a la suya. Dagny supuso que estarían poderosamente armadas. Además, eran muy veloces.

El «cómo» le habían descubierto era de menos. A decir verdad, en tres horas largas había tiempo más que suficiente para que detectasen su presencia en aquellos parajes. Simplemente, se había descuidado demasiado, en su opinión.

Con los prismáticos en la mano, corrió hacia su aparato, entró en la cabina y se sentó en el sillón del piloto. Accionó un conmutador y las correas de seguridad se cerraron automáticamente sobre su cuerpo.

La puerta de la cabina se cerró asimismo de modo automático. Dagny puso en marcha los motores. El aparato se elevó verticalmente.

Las naves fitonianas caían sobre él. Ya no tenía tiempo de escapar.

Sus manos se movieron veloces sobre el cuadro de mandos. Esperó, suspendido a pocos metros del suelo. Los aparatos enemigos estaban a unos cinco mil metros de distancia.

De pronto, apretó un botón. Un invisible proyectil brotó de la panza de la nave, recorrió tres mil metros en segundo y medio y explotó silenciosamente y sin causar el menor ruido.

Era un compresor de gases atmosféricos. Las naves fitonianas chocaron de repente contra un muro casi sólido, pero flexible no obstante.

Se tambalearon. Por un momento, pareció como si una red invisible les impidiese seguir adelante. Luego, la red invisible, se hizo, además, elástica, y rechazó a las naves hacia atrás con singular violencia.

Los aparatos bailaron frenéticamente en el aire. Dagny sonrió. Aquel proyectil compresor era uno de los últimos inventos bélicos de la Tierra. Los tripulantes de las naves fitonianas no sufrirían apenas daños físicos, pero quedarían incapacitados para continuar el combate.

Envió un segundo proyectil, graduándolo para mil metros más lejos. Las naves parecieron ser arrojadas a lo alto un instante y luego, perdido el gobierno, picaron hacia el suelo.

Los pilotos se esforzaron por recobrar el gobierno de los aparatos. Después de la compresión, la atmósfera, por ley natural, recobraba su volumen normal. Ello provocaba una serie de torbellinos que sacudía a las naves fitonianas como hojas secas.

Apenas si pudieron los pilotos fitonianos enderezar a sus aparatos, lo justo para evitar un choque destructor contra la tierra. El aterrizaje, de todas formas; no resultó cómodo ni agradable.

Aquellas naves quedarían inutilizadas para largo tiempo. Tranquilo al respecto, aunque no confiado, Dagny emprendió el regreso. Halló una cañada protectora y se deslizó a su largo furtivamente, sin que nadie intentara molestarle.

Una hora después, cuando el moribundo sol de Fitón se ocultaba en el horizonte, tomaba tierra en el astropuerto, al lado de la «Mont Pelée».

Su segundo le entregó un mensaje.

Era la respuesta de Havill al suyo. La radio sub-espacial permitía una increíble rapidez en las comunicaciones.

El contenido del mensaje era el siguiente:

Recibida noticia sobre probable aumento tributo metales. Convoco reunión consejo ministros toda urgencia. Es preciso que actúe con la mayor rapidez. De lo contrario, la situación político-social se hará insostenible. Havill, Ministro Astronáutica.

Después de la lectura del mensaje, Dagny se preguntó si era llegada la hora de poner en marcha el plan «Fósforo».

El plan «Fósforo» tenía dos partes. La primera consistía en la eliminación de los agentes fitonianos instalados a bordo de las naves terrestres.

En cuanto a la segunda…

* * *

El ministro fitoniano del Interior, Khin Offwen, le recibió al día siguiente con el ceño fruncido.

—Ustedes, los terrestres, poseen la desagradable cualidad de la informalidad —dijo acusadoramente—. Y de la falta de respeto al protocolo. Hace casi veinticuatro horas que le envié recado de que deseaba hablar con usted. Por lo visto, la llamada de un ministro de Fitón carece para un terrestre de importancia.

Dagny no se inmutó.

—Ruego a su excelencia se sirva perdonarme —dijo—. Tuve trabajo…

—Un trabajo consistente en espiar la Zona Negra —declaró Offwen sin ambages.

—Su excelencia está muy bien informado de mis andanzas —sonrió Dagny—. Por tanto, de nada serviría negar la evidencia. Sí, estuve en la linde de la Zona Negra. Y puedo asegurarle que vi cosas muy interesantes.

—Prohibidas, capitán Dagny.

—¿Prohibidas? —repitió el terrestre—. Es la primera vez que oigo que la Zona Negra esté prohibida al común de las gentes.

—Usted no pertenece al común de las gentes, capitán. Usted es un agente de la Tierra —dijo Offwen brutalmente.

—Me parece que su excelencia exagera. ¿Cómo probar…?

—Si lo desease —le interrumpió el ministro—, no me faltarían pruebas. Pero no quiero hacerlo. Me basta con quitarle de en medio.

—¿Físicamente?

—Sí, pero no en el sentido que usted supone. Me contento con ordenarle que abandone el planeta.

Dagny meneó la cabeza.

—Ni un ministro puede contravenir las leyes fitonianas —contestó—. La expulsión sólo se produce después de pasados ocho días de recibida la primera requisitoria.

—¿He dicho que se vaya ahora mismo? —sonrió Offwen—. A la salida de mi despacho le será entregada la requisitoria en forma. A los ocho días justos deberá cumplirla… o atenerse a las consecuencias.

—Bien, obedeceré, pero no sin protestar. Me considero inocente de los cargos que se imputan… oficialmente.

—Su protesta puede ser admitida, en efecto, pero usted no querrá que otra persona inocente pague por usted, ¿verdad?

Dagny se puso rígido.

—Está mezclando a esa persona inocente en asuntos de los que no tiene nada que ver —exclamó—. Ella es una fitoniana leal…

—No lo dudo, pero me servirá para obligarle a que usted deje nuestro planeta. Y aun así, lo de leal debería ser discutido con más profundidad; de lo contrario, ¿cómo explica usted su observación de los trabajos en la Zona Negra?

—En la Tierra hay todavía yacimientos carboníferos. Sus procedimientos podrían ser empleados allí con gran éxito —arguyó Dagny.

—No me haga comulgar con ruedas de molino, capitán. Seamos francos; ambos conocemos la misión que le ha traído a Fitón. Termine de vender sus mercancías en el plazo señalado y márchese.

Offwen se inclinó de pronto hacia adelante.

—Usted sostiene que no es agente de la Tierra —continuó—. Yo podría probarle todo lo contrario. ¿Quiere leer un momento este papel?

El ministro tomó una cuartilla que tenía sobre la mesa y la arrojó a su través hacia el visitante. Dagny la tomó, leyó las líneas escritas en el papel y luego miró a su interlocutor, con los labios prietos y una mirada de cólera en sus ojos.

—Son los agentes de la Tierra que han muerto asesinados —dijo.

—En efecto —admitió Offwen, sonriendo—. Hace ya años que conocíamos su presencia en el planeta, pero por el momento no nos interesaba molestarlos.

—Sólo cuando llegó usted, después de su falso naufragio, nos dimos cuenta de que la cosa iba en serio y decidimos poner manos a la obra.

—Decidieron asesinar a una docena de hombres…

—Enemigos de Fitón —dijo el ministro, implacablemente—. Eran espías y recibieron el pago de los espías. El mismo que habría recibido usted de no mediar una afortunada circunstancia.

—No entiendo a su excelencia —manifestó.

—Le refrescaré la memoria, capitán —dijo Offwen—. Sin duda, recuerda el incidente de unas noches atrás, cuando salvó a una dama de ser atropellada por dos rufianes.

—Vaya —murmuró Dagny—. No sabía que estuviese relacionada con…

—Será mejor que no expliquemos las relaciones que me unen a

la dama en cuestión. Aunque no lo parezca, también en Fitón hay delincuencia, menos que en la Tierra, por supuesto. Pero de cuando en cuando se producen actos desagradables, de uno de los cuales fue usted parcial protagonista.

»A la dama no le interesaba la publicidad, pero es agradecida. Debido a sus súplicas, usted sigue vivo y con el único castigo de una orden de expulsión.

El rostro de Offwen se endureció.

—Pero si desobedece esa orden, las consecuencias podrían resultar extremadamente graves, y no sólo para usted —concluyó.

Dagny procuró mantener la compostura exterior.

—Al menos —dijo—, deberían permitir que ella viniese conmigo.

—No. La emigración de Fitón, y más a su planeta, está totalmente prohibida. Ella se queda aquí… y es la garantía de su marcha, capitán.

—¿Sería capaz de causarle daño? —preguntó Dagny.

—Sí. La supervivencia de Fitón está en juego. Resulta doloroso admitirlo, pero no se puede eludir la realidad.

—No, no se puede —convino el terrestre—. Tengo noticias de que van a aumentar el porcentaje de metales que obtienen de la Tierra por… permitirnos seguir disfrutando de la luz y el calor de nuestro sol.

—En efecto, así es. Se han tomado ya las disposiciones pertinentes y sólo falta la reunión y aprobación del plan en consejo de Ministros, cuyo acuerdo será posteriormente comunicado al gobierno terrestre.

—¿Aceptará la Tierra, excelencia?

—No tienen otro remedio, capitán. Más vale pagar un aumento en los impuestos que… pasar seis semanas sin luz ni calor solares, m tampoco artificiales, por lo menos, procedente de energía eléctrica. Y si aun así siguieran negándose, la oscuridad continuaría, ahora indefiniblemente, hasta la rendición total.

Dagny suspiró.

—Pagarán, no hay duda —dijo—. Excelencia, ¿tiene algo más que comunicarme?

—Ahora le entregarán la requisitoria de partida —dijo Offwen —. Y, no tema; la bella Sibyria está en lugar seguro y bien tratada.

Dagny apretó las mandíbulas.

—Al menos, podían haber permitido que me despidiera de ella —se quejó.

—Imposible, capitán. Sólo me resta desearle buen viaje… y que vuelva pronto por aquí, con más artículos terrestres para la venta, pero sólo para asuntos estrictamente comerciales.

El sentido de aquellas palabras se comprendía fácilmente. Dagny inclinó ligeramente la cabeza, dio media vuelta y abandonó el despacho.

Apenas cruzada la puerta, le entregaron un sobre oficial. Dagny lo guardó en el bolsillo sin leerlo siquiera.

Demasiado conocía su contenido. Salió del edificio y, más por fórmula que por otra cosa, se encaminó a casa de Sibyria.

Allí comprobó con sus propios ojos las declaraciones de Offwen. Sibyria faltaba de su casa. Era imposible, por el momento, conocer su paradero.

Una cosa había segura. Dagny no pensaba regresar a la Tierra sin llevarse a Sibyria consigo.

Capítulo XII

Roy Fitzsinn notó en el acto las poco agradables noticias de que su capitán era portador. Se le veía claramente en la expresión de su cara.

—¿Qué ha dicho ese pajarraco, capitán? —preguntó.

Dagny le relató puntualmente la entrevista. Al terminar, Fitzsinn soltó un taco de los gordos.

—De modo que han secuestrado a la chica, ¿eh? —gruñó.

—Bueno, más bien la retienen en lugar seguro, tratada con todo género de consideraciones, pero dispuestos a rebanarle el pescuezo si yo no cumplo la orden de expulsión.

—¿Y la cumplirá?

—No me queda otro remedio, Roy —contestó Dagny—. Es una orden oficial, completamente en regla. La ley permite al ministro del Interior dictar una requisitoria semejante.

—Bien, pero creo que nosotros podríamos hacer algo, ¿no es verdad?

—Por supuesto —sonrió Dagny—. Es hora ya de que pasemos al contraataque. Debemos enviar un mensaje urgente al capitán Millán, diciéndole que ponga en marcha el plan «Fósforo».

—Muy bien, lo haré inmediatamente. ¿Algo más, capitán?

—Sí, una cosa muy interesante. ¿Cuánta mercancía queda? Globalmente, por supuesto.

—Oh, yo diría que de un diez a un quince por ciento. Los precios quedaron un poco altos y la masa fitoniana, en los últimos tiempos, empezaba a retraerse.

—Anunciaremos rebajas, Roy —dijo el joven—. No importan ahora los precios; lo que interesa es sacarnos de encima lo que nos queda, y cuanto ahítes mejor. Esto atraerá nuevamente a la clientela.

—Seguro —sonrió el primer oficial.

—Y como vendrá mucha gente, nuestros hombres empezarán a…

Dagny habló durante unos cuantos minutos. Al terminar, Fitzsinn sonreía abiertamente.

—Eso les dará mucho que pensar, capitán —dijo.

—Es exactamente lo que deseo —contestó Dagny—. Pero antes de nada, envíe el mensaje al capitán Millán. Envíele también la contraseña de prioridad absoluta.

—Descuide, capitán. Antes de dos horas, Ben Millán se habrá puesto en movimiento —aseguró el segundo.

* * *

Oculto en el quicio de un portal, Jean Dagny aguardaba pacientemente.

Las horas pasaban con lentitud. Dagny, sin embargo, no tenía prisa.

Al cabo, vio a un hombre que salía de la casa que mantenía bajo vigilancia. En el segundo piso había una luz encendida.

Offwen, el ministro del Interior, pasó a escasa distancia del terrestre, sin advertir su presencia. Dagny contuvo la respiración incluso, hasta que tuvo la seguridad de que Offwen se hubo alejado lo suficiente para salir de su escondite sin ser visto.

Entonces cruzó la calle y se metió en el edificio. Llegó al segundo piso y, por la situación de la ventana, calculó la del departamento que le interesaba visitar.

Dagny no se molestó en llamar. Sacó el lápiz abrasivo pulverizó la cerradura.

Empujó suavemente la puerta. Una música de tonos bajos llegó a su oído.

La pieza le era conocida. Dagny sonrió.

—A los fitonianos les gusta la música terrestre —murmuró.

Avanzó un par de pasos. Separó una cortina y quedó en el umbral de un salón de aspecto modesto, pero lujosamente decorado con arreglo a los módulos fitonianos.

Había una mujer en el salón, reclinada en un diván, con los ojos entrecerrados y una copa en la mano, con aire ensoñador. Era la bella desconocida a quien Dagny salvara del asalto de los rufianes.

El cuerpo de la fitoniana estaba envuelto en tules manufacturados en la Tierra. Era un espectáculo fascinante.

De pronto, ella se dio cuenta de que no estaba sola y abrió los ojos.

—Usted —dijo, asombradísima.
Dagny hizo una galante reverencia.
—El mismo, señora —contestó con brillante sonrisa.
Ella se puso en pie.
—¿Cómo ha entrado aquí? —exclamó—. La puerta estaba cerrada con llave…
—Para un terrestre, las cerraduras no existen cuando lo desea, señora —dijo Dagny.
La joven se dirigió al visófono.
—Llamaré a la ronda nocturna…
—Hágalo —aceptó Dagny sin inmutarse. Metió la mano en el bolsillo y extrajo un frasquito de esencia que depositó sobre una mesita cercana—. A la policía fitoniana le encantará saber que cierta encopetada dama no es tan virtuosa como parece y que tiene más de un admirador de sus innegables encantos, cosa que a ella parece agradarle sobremanera. ¿Quién creerá que ese frasquito de esencia no es obsequio de uno de sus admiradores?
Ella se turbó.
—Pero no es cierto…
—No, no lo es, señora —convino Dagny cortésmente—. Me ha costado algunos días conocer su identidad, pero la moneda terrestre es muy apreciada por estas latitudes.
—Comprendo, capitán. Ahora, dígame qué quiere de mí.
—Sólo una cosa, señora. Saber dónde está una joven, no mucho más que usted, ni menos bella, llamada Sibyria. El apellido no importa; no faltará quien le complete ese detalle.
—Pero, ¿qué puedo saber yo de esa muchacha? —exclamó la mujer—. Ni siquiera la conozco…
—Pregúntele a su excelencia el ministro Offwen. Él sabe dónde se halla Sibyria en estos momentos, Hannelia… ¿Debo pronunciar también su apellido?
—El rostro de Hannelia se puso encarnado en extremo.
—¡Por Dios! —exclamó, retorciéndose las manos con inequívocas muestras de angustia.
—Señora, quiero conocer el paradero de esa joven. El ministro lo sabe. Usted, mañana, se lo preguntará y lo averiguará sin falta. De lo contrario…
—Pero él no querrá decírmelo. Seguramente se trata de un

asunto de seguridad. Yo no me entrometo en los asuntos oficiales, capitán.

—En esta ocasión, tendrá que hacerlo, señora —dijo Dagny implacablemente—. Dígale que se lo comunique. De lo contrario, el almirante Har-eld se enterara en el acto de lo que ocurre entre su esposa y el ministro Offwen. Y no sólo el almirante, sino muchísimas personas más.

Dagny guardó unos instantes de silencio. Hannelia parecía anonadada.

—Tengo entendido que el almirante es mi poco vivo de genio —siguió Dagny con ligero acento—. Es hombre capaz de enviar a paseo lo que está haciendo ahora y abandonarlo todo, por volver a Fitón a marchas forzadas. Pero llegaría tarde ya para evitar el escándalo.

Hannelia se sentó en el diván. La música había cesado hacía rato. Ella sentía que las piernas se negaban a sostenerla.

—El ministro no siempre puede acudir a su casa —dijo Dagny—. A veces, es usted la que se desplaza. ¡Qué pasión tan enternecedora!

—¡No se burle usted! —protestó Hannelia con lágrimas en los ojos—. Esto no es cosa de broma…

—No, no lo es, señora. Y dígale al ministro, además, que será inútil cuanto haga para evitar el escándalo. A estas horas, ya hay en la Tierra una persona que lo sabe todo y que tiene orden de divulgar la noticia, si en un plazo determinado no ha recibido un mensaje convenido, que anularía la primera orden.

Dagny dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Apartó las cortinas, con una mano, pero antes de salir se volvió hacia la mujer.

—Hannelia, quiero a esa mujer y me la llevaré, cueste lo que cueste —dijo en tono resuelto—. Usted verá qué es lo que más le conviene.

—¡Espere un momento! —gritó Hannelia, poniéndose en pie.

Dagny la miró inquisitivamente.

—¿Señora? —murmuró.

Ella se le acercó un tanto.

—Dígame, capitán… Usted oye muchas cosas en su nave. Los fitonianos están allí continuamente para comprarle artículos terrestres…

—Sí, he hecho buenos negocios en Fitón, he de admitirlo —

contestó Dagny sonriendo.

—Entonces, ¿qué hay de cierto en los rumores que circulan por ahí? Se dice que la Tierra estudia la posibilidad de una alianza con la poderosa Federación de Orión-Syxlar… La Federación aceptaría como pago una cantidad de metales equivalente a un diez por ciento de la producción total terrestre durante veinticinco años y a cambio…

—Siga, señora —invitó Dagny—. No se interrumpa, por favor.

—La Federación de Orión-Syxlar es lo suficientemente fuerte para barrer la flota fitoniana que intimida a su planeta y, además, arrasar Fitón. Por muy elevadas que fuesen sus pérdidas, nosotros desapareceríamos…

Dagny se encogió de hombros.

—Para mí, son simples rumores —contestó—. Claro que es preciso tener en cuenta que la Tierra está hartándose de esta situación y más cuando se sabe que ustedes van a aumentar su tributo hasta el veinticinco por ciento. Es lógico que busquemos un medio de recobrar nuestra libertad, aunque nos cueste un poco. Pero de un diez a un veinticinco por ciento, la diferencia es de quince… y la libertad.

Hannelia asintió.

—Es cierto —murmuró sordamente—. La cosa se ha extendido mucho en pocos días. La gente se queja de que nuestro gobierno se ha excedido.

—Dígaselo a un terrestre y verá lo que le contesta —rió Dagny —. ¿Algo más, señora?

Ella meneó la cabeza.

«—Gracias, capitán —respondió. Le miró a los ojos—. El ministro me dirá lo que tanto le interesa saber.

—Estoy seguro de que su belleza conseguirá alcanzar un objetivo que a mí me ha sido vedado —aseguró Dagny, inclinándose respetuosamente.

* * *

Sentado ante una mesa, Jean Dagny tomaba una copa de vino terrestre, al que se habían agregado unas hojas de «shedik», la hierba nacional fitoniana. El lugar en que se hallaba era el

equivalente de un café terrestre.

Dagny había estado en muchos planetas. En algunos, las necesidades de sus habitantes estaban totalmente cubiertas por el gobierno; en otros, se empleaba el dinero. Sustancialmente, sin embargo, los planetas habitados por seres semejantes a los terrestres, eran todos bastante parecidos.

Ciertamente, había diferencias en lo externo. En algunos se vivía en cuevas o poco menos y otros poseían ciudades como no se verían jamás en la Tierra. Pero era raro el planeta habitado que carecía de lugares de esparcimiento.

Dagny tomaba su copa sorbo a sorbo. Los fitonianos no eran muy expansivos por naturaleza, pero todos los que veía parecían hondamente preocupados.

Las consignas de la desdichada Aurelia Innes empezaban a dar sus frutos. «Sembrar la duda entre los fitonianos, esparcir el pánico, debilitar el gobierno…»

Eso le había dicho Aurelia y los tripulantes de la «Mont Pelée» lo estaban haciendo a conciencia.

No había tal proyecto de unión con la Federación de Orión-Syxlar. Años atrás se había intentado en las condiciones descritas por Hannelia, pero la federación había rechazado la petición displicentemente.

En tiempos, los mismos orionitas habían hecho la propuesta. Desechada por el gobierno de la Tierra, ahora eran ellos los que no querían.

Pero en Fitón no lo sabían. Quizá lo supiera algún día, pero ya sería tarde.

A la noche debía ir a casa de Hannelia a recoger la respuesta. Mientras saboreaba el vino, Dagny oyó una conversación no lejos de su mesa.

Los dos fitonianos que hablaban echaban pestes contra el gobierno. Según decían, la gente no se sentía muy tranquila ante una posible intervención de Orión-Syxlar.

Las cosas habían ido demasiado lejos. Ciertamente, se necesitaban los metales de la Tierra, pero se podían conseguir sin aherrojar a varios miles de millones de seres humanos.

Los fitonianos mencionaron que era muy posible que se produjeran manifestaciones de protesta. Oír aquello encantó a

Dagny.

Era como para frotarse las manos. Sin embargo, simuló no haber escuchado nada.

Al cabo de un rato, puso una moneda sobre la mesa, se levantó y abandonó el local.

Capítulo XIII

Dagny observó que la cerradura había sido reparada. Llamó a la puerta y esperó.

Parpadeó al ver que era un hombre el que le abría. Tratábase de un sujeto recio, fornido, de mandíbula cuadrada y ojos perspicaces. Una larga cicatriz en su cara, ponía una nota de lívido tono en la blancura de su piel y lo hacía repulsivo y desagradable.

—Pase, capitán —dijo—. Le estábamos esperando.

Dagny se puso en guardia. El hombre vestía ropas corrientes, pero claramente se veía que estaba acostumbrado a usarlas de otro tipo.

Cruzó el umbral. El fitoniano cerró la puerta.

—Soy el teniente Irden —se presentó—. Le guardo un mensaje de parte de su excelencia el ministro Offwen.

—Esperaba ver aquí a cierta dama… —dijo Dagny.

—La dama en cuestión está aquí —contestó Irden sonriendo—. Acompañada de otra no menos encantadora.

—No las veo, teniente.

—Pase al salón, por favor —rogó el fitoniano, a la vez que apartaba las cortinas a un lado.

Dagny cruzó el umbral. Hannelia y Sibyria estaban sentadas en el diván, juntas, frente a un sujeto que las encañonaba con una pistola energética.

—Ésta es la respuesta de su excelencia, capitán —dijo Irden.

—¿La pistola? —preguntó Dagny cortésmente.

—En efecto. ¿Se imagina lo que va a ocurrir ahora?

—No. Explíquemelo, por favor.

—Es muy sencillo —dijo Irden—. Usted y las dos mujeres van a morir. Cuando se realice la investigación pertinente, se averiguará que usted y una fitoniana traidora, imaginaron raptar a la esposa del almirante Har-eld, para obligar a éste a replegar sus naves y cesar en la presión sobre la Tierra.

»Sin embargo, no supieron que Hannelia, en gracia a ser la esposa del almirante, tenía un agente para custodiarla. Este agente, por desgracia, llegó un poco tarde, aunque con el tiempo suficiente

para castigar el espantoso crimen cometido. ¿Le convence la explicación, capitán?

Dagny sonrió.

—Su excelencia ha demostrado tener los mismos sentimientos de un buitre —contestó.

—Me ha decepcionado por completo —dijo Hannelia lúgubremente.

—El pellejo de su excelencia es antes que todo —declaró Dagny.

—No se trata de la vida de su excelencia, sino de un plan que no puede sufrir perturbaciones —habló Irden—. Usted sabe bien a qué me refiero.

Dagny le miró serenamente.

—¿Ha contado usted ya con los orionitas, teniente?

Irden pareció sentirse incómodo.

—Todo eso no son más que bulos sin fundamento. —rezongó.

—¿De veras? Se conoce que usted no pisa la calle —dijo Dagny sarcásticamente—. Sus compatriotas empiezan a soliviantarse.

—Lo sé, pero el gobierno es fuerte y no cederá —exclamó Irden arrogantemente.

—Es posible que ahora gane la partida, pero no puede mantener la misma actitud por tiempo indefinido. ¿Qué quiere?, hasta ahora, los terrestres, resultábamos indiferentes para los fitonianos, pero ahora ya, en plan de víctimas, empezamos a caerles simpáticos.

Irden se encogió de hombros.

—¿Qué importa? —respondió—. Ustedes no pueden vencernos en absoluto. En todo caso, las simpatías proceden de un sector poco numeroso…

—Pero el miedo, en cambio, alcanza a un sector muchísimo más extenso de lo que usted se imagina, teniente. Y si no lo hacen por simpatía, lo harán por miedo. No hay cosa peor que un estallido de pánico colectivo, créame.

—Palabras, palabras —farfulló Irden despectivamente—. Hemos hablado demasiado. Acabemos este asunto de una vez.

Y levantó la mano, como para acompañar la orden de ejecución con el gesto.

Irden cometió el error de alzar la mano más próxima a Dagny. Era precisamente lo que esperaba el terrestre.

Dagny hizo presa en aquel brazo y lo retorció cruelmente, a la

vez que volteaba sobre sí mismo. Irden se sintió arrancado del suelo y voló hasta estrellarse contra su sicario.

Los dos hombres rodaron por el suelo, mientras las mujeres gritaban asustadas. De pronto, Dagny vio que Irden se retorcía y se quedaba inmóvil.

Su acompañante había disparado el arma instintivamente. La descarga había alcanzado de lleno a Irden, fulminándolo.

Dagny sacó su pistola. En aquel momento, el esbirro apartaba a un lado el cuerpo de Irden y se aprestaba para disparar de nuevo.

Llegó tarde. Recibió la descarga, se contorsionó un instante y se quedó quieto.

Sibyria se arrojó en brazos del terrestre. Dagny procuró calmarla.

No hay motivos para preocuparse —dijo. Miró a Hannelia—. ¿Hay más sicarios de Offwen aquí?

Hannelia movió la cabeza negativamente.

—No, no vino nadie más —respondió.

—Nos has salvado la vida —gimió Sibyria.

—¿Acaso esperabas que me dejase matar como un corderillo? —rió Dagny—. No quiero vanagloriarme, pero es preciso ser muy listo para derrotar a un tipo nacido en la Tierra. Bien, ahora hemos de pensar en nosotros.

Hannelia se le acercó.

—Estoy completamente decepcionada —dijo.

—Es lógico —convino Dagny—. Lo ocurrido le habrá permitido darse cuenta de la catadura de su excelencia.

—Pero él… lo hacía por el interés de Fitón…

—Su interés estaba por encima de todo. Temía, simplemente, a la reacción de Har-eld. ¿No sabe que el almirante goza de gran predicamento entre la gente del pueblo?

Hannelia bajó la cabeza.

—No sé cómo he podido ser tan tonta —murmuró.

—Esa clase de tonterías sólo se cometen una vez en la vida, si se recapacita bien —sonrió Dagny—. No la repita, eso es todo.

Hannelia suspiró, a la vez que asentía. Luego, Sibyria dijo:

—Jean, ¿qué haremos ahora?

Dagny miró a su alrededor.

—Aquí no pueden continuar —contestó.

—Deberíamos escondemos, pero no sé dónde —dijo Hannelia.

—Hay un sitio seguro —afirmó él.

—¿Cuál? —preguntó Sibyria.

—Mi nave.

—Pero Offwen puede ordenar que la registren… —apuntó Hannelia llena de aprensión.

—Cuando vengan a registrarla, recibirá mi contestación —dijo Dagny, sonriendo—. Vámonos cuanto antes.

Salieron de la casa. Dagny apagó las luces y cerró la puerta.

Mientras bajaban, Hannelia expresó su temor por los cadáveres que quedaban en su casa.

—Offwen se encargará de ellos —contestó Dagny—. A él, más que a nadie, le conviene el silencio.

Por precaución, Dagny se asomó a la puerta antes de salir del edificio.

No había peligro; la calle estaba absolutamente desierta.

* * *

Roy Fitzsinn pidió permiso y entró en la cámara del comandante de la «Mont Pelée».

—Noticias, capitán —dijo.

Dagny estaba repasando unos documentos. Alzó la vista y miró a su segundo.

—Hable, Roy —pidió.

Fitzsinn tenía un papel en la mano.

—Mensaje del capitán Millán, señor. La operación «Fósforo» está en marcha. Puede, si las circunstancias lo requieren, quedar concluida en el plazo máximo de un mes.

Dagny se reclinó en el sillón y miró a su primer oficial.

—Operación «Fósforo» —dijo pensativamente—. ¿Se da cuenta de que el nombre está completamente adecuado?

—Sí, señor…, es decir, a juzgar por lo que usted me ha contado, queda adecuado por completo. Pero ¿resultará?

—Los cálculos no fallan, Roy —contestó Dagny—. Me ha costado mucho, pero logré, por fin, adivinar los propósitos de los fitonianos.

Se puso en pie y se acercó a una lucerna. Desde allí se divisaba

el monótono paisaje de la capital fitoniana.

El sol anaranjado deprimía el ánimo, confiriendo a las cosas un tono tristón y lúgubre. La ausencia casi total de vegetación acentuaba la pesadumbre que se sentía al contemplar el panorama.

—Roy —habló al cabo de unos momentos de silenció—, le diré una cosa. Si yo fuese fitoniano, puede que hubiese obrado igual que ellos.

—¡Capitán! —respingó el segundo.

Dagny se volvió hacia él.

—Una evacuación en masa es punto menos que imposible, Roy —dijo—. La otra solución es mucho mejor, aunque como terrestres la detestamos. Pero no dejemos de pensar, en este asunto, como un fitoniano. Entonces les comprenderá mejor.

—Sí, pero a nosotros nos tienen fritos…

Dagny sonrió.

—Eso se va a acabar muy pronto —aseguró—. De todas formas, yo soy terrestre y pienso y actúo como tal. De lo contrario, ¿estaría aquí?

—Tiene usted razón, capitán. Ahora sólo queda esperar a que todo salga bien.

—Saldrá —dijo Dagny tajantemente. Y en aquel momento llamaron a la puerta—: ¡Adelante! —exclamó.

Entró un tripulante.

—Señor, afuera hay un capitán de la policía fitoniana que trae un mensaje para usted —informó.

Dagny miró a Fitzsinn y sonrió.

—Estaba esperándole —dijo—. En realidad, han tardado demasiado, Roy. —Se volvió hacia el tripulante—. Bien, dígale a ese oficial que entre.

—Sí, señor.

Instantes después, un hombre uniformado aparecía en la cámara.

—¿Tengo el honor de hablar con el capitán Dagny, comandante de la nave «Mont Pelée»? —dijo en tono petulante.

—Lo tiene usted delante —declaró el terrestre—. ¿En qué puedo servirle?

—Soy el capitán Turl —dijo el fitoniano—. En nombre de su excelencia el ministro del Interior, le requiero formalmente para que me entregue a las dos mujeres fitonianas que tiene usted a

bordo de su nave.

Turl sacó un documento del bolsillo y se lo entregó a Dagny.

—Éste es el mandato oficial, ante el cual no se puede excusar, sin graves consecuencias para usted y cuantos le ayuden a retener aquí a esas dos mujeres. —agregó.

Dagny no se inmutó. Tomó el papel y lo rompió ostentosamente en cuatro pedazos, que luego arrojó a un lado con gesto desdeñoso.

—¡Señor! —exclamó el fitoniano—. Acaba de cometer una grave falta…

—Capitán Turl —le interrumpió Dagny—, yo también tengo un mensaje para su excelencia. Dígale que estoy dispuesto a devolver a esas dos mujeres, pero no sin que antes haya él leído la carta que voy a darle a usted, para que se la entregue con la mayor diligencia posible.

Y volviéndose hacia su mesa, tomó un sobre lacrado que puso en manos del estupefacto fitoniano.

—Este es mi mensaje personal para su excelencia. —dijo—. Añada, al entregárselo, que estoy aguardando su respuesta con urgencia. Eso es todo, capitán Turl. Roy, ¿quieres acompañarlo hasta la esclusa?

—Con mucho gusto —respondió el primero de a bordo.

Roy volvió poco después, con gesto preocupado.

—Capitán, ¿no se estará pasando usted de la raya?

—preguntó.

—Creo que no, pero, en todo caso, es un riesgo que debo correr. Roy, ¿cómo marchan las cosas?

—Bastante bien, señor. Tengo noticias de un par de alborotos, reprimidos con mano dura, eso sí, pero que no dejarán de causar su impacto entre la gente de este planeta.

—¿Hay público en la sala de ventas?

—Unas cincuenta o sesenta personas sólo. Quedan ya muy pocas cosas, capitán.

—Perfectamente —sonrió Dagny—. Puede decirles que empiecen a mencionar lo que les dije anoche, en la reunión para instrucciones. Ya sabe, el posible e inevitable contraataque de la Tierra, etcétera, etcétera… ¿Estamos, Roy?

Fitzsinn sonrió.

—De acuerdo, capitán —dijo—. Y ahora, vamos a ver si les

pegamos duro a estos fitonianos.

El segundo salió de la cámara. Dagny encendió un cigarrillo.

Se preguntó cuánto tardaría Offwen en darle su respuesta. No demasiado, creía.

Sibyria se asomó a la puerta en aquel momento.

—¿Puedo pasar, querido? —preguntó sonriente.

—Estás en tu casa —dijo él.

Sibyria Cruzó el umbral y suspiró.

—Mi casa —murmuró—. ¿Cuándo podré decirlo en la realidad?

—No tardarás demasiado, te lo aseguro —contestó él, abriendo los brazos.

Capítulo XIV

Los rumores llegaban de la calle con mayor fuerza a cada minuto que pasaba.

Desde la ventana de su despacho, Khin Offwen, contemplaba el espectáculo con el ceño fruncido. Hacía muchos años que no veía una cosa semejante.

Los grupos eran muy nutridos. A veces, la calle quedaba desierta, pero casi en el acto volvían a pasar pelotones de hombres y mujeres que gritaban improperios contra el gobierno.

En algunos grupos, inclusive, se veían pancartas. Los fitonianos habían copiado la moda terrestre.

Algunas de las pancartas eran francamente ofensivas para el gobierno. Naturalmente, los extremistas no podían faltar.

Había pancartas con textos más ponderados. Pero tampoco escaseaban las que apoyaban incondicionalmente la acción del gobierno.

«Fitón antes que nada», decían estos últimos.

«Somos libres. No esclavicemos a los seres libres», manifestaban los moderados.

En cuanto a los decididamente adversos a la gestión del gobierno, lo menos que les llamaban eran cretinos. En versión fitoniana, por supuesto.

La gente se agolpó súbitamente ante la puerta del ministerio. Volaron algunas piedras.

Los guardias cargaron. Hubo carreras y gritos.

Unos manifestantes a favor de la Tierra se enfrentaron con otros partidarios del gobierno. Se produjo un gran tumulto y la fuerza pública actuó sin contemplaciones.

Una piedra rompió el cristal de la ventana contigua a la que se hallaba el ministro. Offwen pegó un salto.

Estuvo a punto de dar una orden drástica, pero se contuvo. Las consecuencias podían ser aún peores.

Al cabo de un rato, el ambiente pareció calmarse, aunque seguía la tensión. Offwen se apartó de la ventana y, acercándose a la mesa, tomó la carta recibida hacía poco.

—Ese orgulloso terrestre —masculló entre dientes.

Dagny no sólo había desacatado su orden de entregarla a las dos mujeres, sino que le había enviado un mensaje, pidiéndole convocase al presidente del gobierno y al ministro de Energía. Offwen hubiera hecho caso omiso de la petición, a no ser porque en la carta se indicaba que una petición análoga se había formulado a los dos personajes citados.

La puerta se abrió bruscamente. Offwen levantó la cabeza, irritado contra el que osaba penetrar en el despacho sin su permiso.

Pero su irritación desapareció al instante. Era Russber Ilt, presidente del gobierno.

—Excelencia —saludó cortésmente.

Ilt pegó un taconazo y cerró la puerta con pocas ceremonias.

—Offwen —gruñó—, ¿qué diablos pasa aquí? ¿Por qué está la gente tan soliviantada?

—Rumores, nada más que rumores, excelencia —contestó el ministro del Interior—. Se calmarán apenas facilitemos una declaración…

—Offwen, temo que la cosa va un poco más en serio de lo que usted mismo cree. He leído pancartas con textos favorables a la Tierra. Eso indica que algo va mal.

—Son agentes provocadores, pagados para sembrar el pánico…

—Oiga, no me tome por tonto —dijo Ilt, que tenía fama de lengua expedita. Sacó del bolsillo un fajo de pajeles y los blandió irritadamente—. Son informes de otras manifestaciones efectuadas en distintas ciudades del planeta. ¿De veras cree que todo eso lo han organizado cuatro agentes de la Tierra?

—Bueno, a veces, la gente es voluble…

De nuevo se abrió la puerta. Ahora era Clegg Wasle, ministro de Energía.

—Tengo noticias que se ha convocado una reunión restringida —dijo, después de los primeros saludos—. ¿Cuál es el tema a debatir?

Offwen vaciló.

Su orgullo le impedía admitir que no había sido él el autor de la convocatoria, sino un terrestre desvergonzado, cuyo plazo de permanencia en Fitón se cumplía aquel mismo día.

—Vamos, hable —pidió Ilt, impaciente.

—En realidad, se trata… El capitán Dagny… —titubeó Offwen todavía.

—¿Quién es ese Dagny? —preguntó el presidente del gobierno.

—Un sujeto desvergonzado, cuyo plazo de expulsión se cumple hoy —dijo el ministro del Interior.

—Pero, bueno, ¿quién es? Porque lo que usted nos ha dicho, aclara muy poco la cuestión…

—Además —gruñó Wasle—, ¿qué tiene que ver ese Dagny con esta reunión?

El zumbador de un interfono vino a librar a Offwen de no pocos de sus apuros.

—Ahora mismo lo sabrán —contestó. Se acercó a la mesa despacho y movió la palanquita—. ¿Sí?

—Excelencia —sonó la voz de un secretario—, el capitán Jean Dagny, comandante de la astronave terrestre «Mont Pelée», solicita permiso para ser recibido en audiencia.

—Que pase, que pase —dijo el presidente con viveza—. Ya tengo ganas de conocer a ese tipo fresco.

—Está bien, hágale entrar —corroboró el ministro. Y cerró la comunicación.

La puerta se abrió segundos después. Dagny entró desenvueltamente en el despacho, de amplitud más que sobrada para contener medio batallón de infantería.

Dagny se había puesto uno de sus mejores trajes para la ocasión. En la mano izquierda llevaba un rollo de algo que parecía pergamino, atado con una cinta de seda de color verde y sujeta con un gran sello de lacre rojo.

—Excelencias —dijo, a la vez que hacía una profunda reverencia —, permítanme que me presente. Jean Dagny, capitán de la astronave terrestre «Mont Pelée» y enviado especial y ministro plenipotenciario de mi gobierno cerca del de este planeta. —Se dirigió a Ilt—. Señor Presidente, le ruego acepte las cartas credenciales que acreditan mi misión ante el gobierno que su excelencia preside tan dignamente.

Ilt tomó el gran rollo con la estupefacción pintada I en el rostro. Todavía se habría sentido más estupefacto de haber sabido que lo de enviado especial podía ser más o menos cierto, pero que lo de ministro plenipotenciario de la Tierra no era sino un producto de la

imaginación de Dagny.

En cuanto a las cartas credenciales no eran sino el resultado de la labor de un tripulante de la «Mont Pelée» aficionado a la caligrafía. El hombre había hecho una magnífica labor con aquel supuesto pergamino, escrito con hermosos caracteres góticos, iluminadas las iníciales con brillantes colores y adornadas con flores y pájaros, en el mejor estilo de los manuscritos del medievo terrestre. Naturalmente, esto lo ignoraban los fitonianos.

Ilt leyó rápidamente el documento y luego miró a su portador.

—Esto es un tanto irregular, capitán —dijo—. Lleva usted algún tiempo en Fitón y no parece correcto darse a conocer en su calidad de ministro plenipotenciario con tanto retraso.

Dagny no se inmutó.

—Excelencia, las circunstancias me han forzado al retraso —dijo con calmoso acento—. No he podido revelar mi verdadera personalidad, hasta que he estado seguro de que mi planeta va a ser liberado del ominoso pacto que le fue obligado a aceptar por la fuerza.

—¿Cómo? —saltó Offwen—. ¿Cree usted, capitán, que la Tierra está en condiciones de derrotar a las naves del almirante Har-eld?

—La derrota se producirá aquí, en este despacho —contestó el terrestre, impasible—. De aquí partirá la orden que hará regresar a las naves mandadas por el almirante Har-eld. Pero, ¿por qué no se sientan sus excelencias? Se encontrarían más cómodos, en efecto, opino yo.

Ilt frunció el ceño y buscó un acomodo. Wasle hizo lo propio.

En cuanto a Offwen, quedó en pie, con gesto desafiante. Dagny lo advirtió, sonrió pero no dijo nada.

—Está bien, hable, capitán —pidió impaciente Ilt.

—Sí, excelencia —contestó Dagny—. Como he dicho, mi presencia aquí está relacionada con el pacto que nos fue forzoso aceptar a los terrestres y del cual, como es lógico, nos queremos liberar.

—No podrán —gruñó Offwen rencorosamente.

Dagny sonrió.

—Excelencias, hace unos ocho días, aproximadamente, alrededor de diez mil comandantes de astronave, terrestres todos ellos, empezaron a recibir un mensaje en clave para dar comienzo a

la primera parte de la operación «Fósforo». Inmediatamente de ejecutada esa primera parte, habrán dado los pasos necesarios para llevar a cabo la segunda.

»La primera parte consiste en la inutilización, con eliminación física, si llega el caso, de los, aproximadamente, diez mil agentes fitonianos que hay a bordo de las naves comerciales terrestres y que alcanzan ese número, más o menos. —Dagny miró a Offwen que se había puesto pálido—. La lista hallada en el domicilio de un tal Ghil Brosfer resultó particularmente útil a tales efectos.

—Fue usted —dijo Offwen sin perder su acento de rencor.

Dagny sonrió.

—Debo admitirlo, pero no era mi intención matarlo, sino que lo hice en legítima defensa. Sin embargo, éste es un tema secundario. Estábamos hablando de la primera parte de la Operación «Fósforo».

»Vayamos ahora con la segunda parte. Como he dicho antes, son unas diez mil las naves comerciales que la Tierra tiene constantemente en vuelo por el espacio. Esas naves empiezan a reunirse en determinadas zonas situadas no lejos de Fitón.

»Se reúnen por parejas. La suerte determina cuál de las dos naves ha de ser abandonada. Su tripulación pasa a la otra, donde hay sitio de sobra para el regreso a la Tierra. Entonces, la primera nave es dirigida, por control remoto, hacia un punto del espacio, situado a unos setenta millones de kilómetros de la superficie fitoniana, y en donde se halla un satélite artificial, compuesto por los metales importados de la Tierra y el carbón extraído de la Zona Negra de este planeta.

—Ilt palideció. Wasle se irguió, aunque sin llegar a incorporarse.

—Esas naves serán destruidas —afirmó casi a gritos.

—¿De veras? —sonrió Dagny—. Excelencias, recuerden que la mitad de diez mil son cinco mil. Aunque sus naves de combate iniciasen una caza despiadada, no podrían destruir totalmente las cinco mil naves que se dirigen ya hacia el citado satélite artificial. Matemáticamente, está calculado que un diez por ciento como mínimo, es decir, unas quinientas naves, impactarán, como gigantescos proyectiles, contra ese satélite artificial. Cuatro mil quinientas astronaves serán destruidas; se cuenta con ello. Pero quinientas, repito, pasarán.

«Alcanzarán su objetivo. Será un bombardeo ininterrumpido

durante varios días, muy pocas semanas, dos o tres como máximo. El mínimo de naves que llegarán al satélite es, repito, quinientas, pero hay grandes posibilidades de que esa cifra se duplique. ¿Quieren sus excelencias saber qué pasará entonces?

Un profundo silencio reinaba en la estancia. Ninguno de los tres fitonianos dijo nada, mientras Dagny, tranquilamente, sacaba un cigarrillo y se lo colgaba de los labios, aunque sin encenderlo por el momento.

—Les diré lo que ocurrirá —añadió tranquilamente—. El satélite compuesto de metales terrestres y carbón fitoniano se incendiará. Surgirá un nuevo y pequeño sol a setenta millones de kilómetros de Fitón y la vida en este planeta resultará imposible.

Capítulo XV

Dagny sacó también un fósforo, aunque no lo encendió. Sus interlocutores parecían petrificados por el asombro.

—El plan de Fitón para conseguir la supervivencia —continuó el terrestre—, resulta lógico. Es más, sería digno de alabanzas, si no fuese porque se ha realizado bajo la amenaza del terror contra un planeta, cuyos habitantes eran inocentes de lo que sucedía aquí.

»El sol de Fitón es una estrella moribunda. Da poca luz y apenas calor. La vida aquí, por tanto, es más que difícil, desagradable. Pero una emigración en masa es imposible. Solución: «novar» el sol fitoniano y «revivirlo» mediante un plan, que, aparte lo que nos han hecho a nosotros los terrestres, resulta ingeniosísimo.

»Ese satélite que ustedes han logrado con metales terrestres y carbón fitoniano será lanzado un día, dentro de varios años, contra el sol de este sistema. Cuando una estrella se convierte en nova, el carbono tiene parte importantísima en ese proceso, y esa estrella, entonces, aumenta miles o millones de veces su potencia lumínica y calórica, arrasando una vasta zona de la Galaxia, que a veces alcanza dimensiones exorbitantes.

«Ustedes no querían tanto, deseaban algo más modesto; algo que volviese a hacer que su sol fuese como era hace unos miles de años. Con luz y calor normales, la faz de este planeta cambiaría en pocos años, veinte, treinta a lo sumo. Nacerían plantas, se iniciaría un nuevo ciclo de vida…, pero, sobre todo, habría luz y calor, dos cosas de las cuales carecen actualmente casi por completo.

Dagny hizo una corta pausa. Ilt y sus dos ministros le escuchaban con un silencio que indicaba bien a las claras una muda confirmación de las palabras del terrestre.

Dagny continuó:

—Ahora bien, ¿qué pasaría si ese satélite se incendiase súbitamente? Dada la distancia a que se encuentra, el calor mataría a todos los fitonianos. Sería, literalmente, una explosión estelar, que en pocas horas barrería la vida de este planeta.

»En ese satélite hay carbono fitoniano, metales terrestres… y uranio terrestre, que también es un metal, no lo olvidemos. El

satélite recibirá impacto tras impacto de nuestras gigantescas naves comerciales, movidas, tengámoslo en cuenta, por motores nucleares, que estallarán indefectiblemente al producirse el choque.

»Un fósforo, para arder, necesita cuatro cosas —dijo Dagny, alzando el que tenía sujeto con dos dedos y que aún no había prendido—. Una cabeza de compuesto fosfórico, un palito de madera o papel encerado, oxígeno en el medio ambiente… y una superficie áspera para la fricción de la cabeza fosfórica.

«En este caso, el palito representa los metales terrestres, el carbón equivale al oxígeno, el uranio terrestre es la cabeza fosfórica… y los impactos de nuestras naves representan la superficie de fricción. El uranio de ese satélite se «contagiará» de las explosiones de los motores nucleares, el carbono iniciará su proceso calorífico y el incendio subsiguiente se comunicará al resto de los metales. Resumiendo, en pocas horas, aparecerá sobre el cielo de Fitón una estrella nova que exterminará a todos los seres vivientes que hay sobre este planeta.

Dagny rascó el fósforo y aplicó la llama al cigarrillo. Expulsó el humo, mantuvo la cerilla en alto y luego sopló para apagarla.

La operación sólo será suspendida en el momento en que el gobierno de Fitón de al almirante Har-eld una orden de retirada inmediata e incondicional. Esta orden debe ser transmitida en un plazo no mayor de veinticuatro horas y de un modo que yo no tenga la menor duda de que es comunicada al almirante. Entonces, emitiré un mensaje con una palabra clave, que suspenderá la Operación «Fósforo». ¿No se imaginan cuál es la palabra clave para la suspensión de esa operación?

Dagny sonreía. Los fitonianos parecían abrumados.

—Es una palabra sólo —dijo el terrestre—. «Soplido», claro. —Se puso en pie—. Por supuesto, será emitida en una clave que ustedes no conocen. Y, naturalmente, sin agentes fitonianos a bordo de nuestras naves, la operación será llevada a cabo puntualmente en sus menores detalles. Tanto si es preciso suspenderla… como si resulta necesario «novar» el satélite de metales y carbono.

Se dirigió hacia la puerta, sin que los otros hubiesen despegado todavía sus labios.

—No olviden el ambiente de la calle, que empieza a serles desfavorable —aconsejó—. Y no intenten nada contra mí o contra

cualquiera de mis tripulantes, porque entonces Fitón ya no tendría salvación. Este planeta será maravilloso el día en que un sol con luz y calor suficientes haga crecer árboles y plantas, pero, por favor, no lo consigan a base de esclavizar a otros, porque entonces, los esclavos tienen derecho a sublevarse y a hacer cualquier cosa para recobrar su libertad. Excelencias, no lo olviden; su respuesta para dentro de veinticuatro horas como máximo.

Dagny miró a Offwen, que aparecía lívido de rabia.

—Ah, olvidaba una cosa —dijo, sonriendo ampliamente—. Señor ministro del Interior, añada un pasaporte a nombre de Sibyria Sarynor. Es una encantadora fitoniana que ansía tener el honor la primera en casarse con un terrestre. Naturalmente, la esposa debe seguir al esposo y ese pasaporte le permitirá conseguir su más caro deseo. ¡Buenos días, excelencias!

Cuando salió, los políticos fitonianos no habían recobrado aún el habla.

Dagny llegó a su nave. Sibyria le salió al encuentro con la ansiedad pintada en su rostro.

—¿Jean? —murmuró.

Dagny la abrazó.

—Dará resultado —contestó—. Tú también has sido incluida en el pacto.

Ella suspiró, a la vez que reclinaba la cabeza en su pecho.

—Me parecerá un sueño —dijo.

—Que durará mientras vivas —aseguró él.

Tres horas más tarde llegó un mensajero con un despacho presidencial.

Era una invitación de su excelencia Russber Ilt, para que el ministro plenipotenciario de la Tierra presenciara el acto de la transmisión de una orden de retirada a las naves del almirante Hareld y la suspensión inmediata de todo acto hostil centra la Tierra.

El mensajero traía también un pasaporte.

* * *

Semanas después, el presidente del gobierno de la Tierra citó a Dagny en su despacho. El ministro Havill asistía al acto.

Dagny acudió puntualmente. Iba solo. Sibyria le esperaba en

determinado punto.

El presidente elogió cumplidamente la actuación del astronauta. Dagny agradeció los elogios con toda cortesía.

—Quisiera que estuviese aquí presente —manifestó—, una mujer valerosa, que sacrificó su vida por la Tierra. Me refiero a Aurelia Innes, vilmente asesinada cuando cumplía con su deber. También querría recordar a los hombres que murieron por la Tierra en Fitón.

—El asesino de Aurelia fue castigado —dijo el presidente—. En cuanto a los hombres que mataron a nuestros agentes… La política, a veces, resulta dura y tiene que pasar por alto hechos semejantes.

Dagny meneó la cabeza.

—No, excelencia —dijo—. El hombre que ordenó esos asesinatos sigue vivo y está tan cerca, que podrá ser castigado sin remisión. Me refiero a la ministra Havill, aquí presente.

El aludido se enojó.

—Capitán, su desfachatez…

—Explíquese, señor Dagny —pidió el presidente con seco acento.

—Sí, excelencia. Teóricamente, nadie sino yo debía conocer la existencia de los agentes «durmientes» en Fitón. Asimismo, no había motivos para que un terrestre fiel a su planeta asesinara a una compatriota. Sólo había una persona en condiciones de conocer estos detalles: el ministro Havill.

—¡Es una calumnia indigna! —protestó el aludido—. Señor presidente, espero que no dará usted crédito a esta sarta de imbecilidades…

—Señor Havill —le interrumpió Dagny—, usted fue el que preparó el plan de liberación de la Tierra, dispuesto por el presidente Sindres. Era el único que conocía los nombres y situación de los agentes asesinados, datos que eran absolutamente desconocidos para los fitonianos. Como oriundo de Fitón que es, trabajaba para su planeta, cosa lógica.

—¿Yo, oriundo de Fitón? —rió Havill nerviosamente—. ¡Es la cosa más absurda que he oído en los días de mi vida!

—Un momento —dijo el presidente Sindres—. Las palabras del capitán Dagny no parecen tan descaminadas. Tendrá alguna prueba de lo que dice, sin duda —se dirigió al joven.

—Por supuesto, excelencia. Hay un fitoniano que siente gran agradecimiento hacia mí, por haberle resuelto un problema particularmente enojoso. Me refiero al almirante Har-eld.

Dagny se volvió hacia Havill.

—Usted, señor ministro, relató a sus colegas de gabinete la conversación sostenida con Har-eld cuando la reunión fue bruscamente interrumpida. Lo que dijo después fue parte verídico y parte inventado, de acuerdo con Har-eld, por supuesto.

»Pero lo que no había en absoluto era un sistema de escucha desde las naves fitonianas que orbitaban sobre nosotros. Fue un truco suyo, para reforzar no sólo su posición ante el consejo, sino para demostrar el poderío de Fitón, donde sus hombres de ciencia eran capaces de inventar tales aparatos de escucha, con los que sus soldados estaban en condiciones de vigilar implacablemente el menor de nuestros movimientos en busca de la libertad.

«Como digo, Har-eld siente un vivo agradecimiento hacia mí y ahora que ya no necesita amenazaros que la paz, digámoslo así, se ha restablecido entre ambos planetas, me lo ha contado todo. Señor Havill, ahora debe afrontar su responsabilidad —concluyó Dagny con solemne acento.

Havill retrocedió unos pasos.

Estaba aterrado.

—De modo —dijo Sindres, frunciendo el ceño—, que también usted era un agente «durmiente».

—Sí —corroboró Dagny—. El plan fitoniano no data de unos pocos años, sino de mucho tiempo atrás. Naturalmente, necesitaban de un hombre de confianza, infiltrado en las altas esferas. Ese hombre es Havill.

El presidente oprimió un botón.

—Mi guardia se encargará de usted, señor Havill —aseguró ceñudamente.

Havill metió la mano en el bolsillo y sacó algo que quiso llevarse a boca. Dagny adivinó sus intenciones y saltó sobre él, derribándole de un puñetazo, en el mismo momento que se abría la puerta y entraban unos cuantos hombres uniformados.

—Oh, no, no —murmuró el joven—. Usted debe ser castigado por sus delitos, pero no en la forma que desearía, sino con arreglo a las leyes terrestres.

Caído en el suelo, Havill no se atrevía a rechistar.

—Está arrestado —declaró Sindres con voz tonante—. Llévenselo.

Luego, el presidente miró a Dagny.

—Capitán, ¿qué desea usted como recompensa? —preguntó.

Dagny se inclinó profundamente.

—Excelencia, la recompensa me la gané en Fitón —contestó.

* * *

Sibyria estaba tumbada al sol, boca abajo.

No lejos de allí corría un arroyo entre los árboles. Había hierba en abundancia y se veían muchas flores.

A poca distancia se divisaba una casita blanca, de tejas rojas. El aire estaba lleno de aromas silvestres.

Dagny caminó en silencio y se arrodilló en el césped, junto a la joven. Sibyria alzó los ojos, le miró y lanzó un grito de alegría.

—Has vuelto —exclamó.

—Aquí me tienes —contestó él—. ¿Te gusta este sitio?

Ella le abrazó estrechamente.

—¡Es maravilloso! ¡En Fitón no tenemos nada semejante!

—Dentro de algunos años, la superficie de tu planeta empezará a cambiar —aseguró él.

—Pero yo me quedaré aquí para siempre, Jean.

Dagny la atrajo hacia sí.

—Ya no te moverás de la Tierra —dijo.

Callaron un momento. De pronto, ella, separándose ligeramente, estiró los brazos y se los enseñó.

—¡Mira, me estoy poniendo morena! ¡Se me está tostando la piel! ¿No es estupendo, querido?

En aquellos pocos días, el cuerpo de Sibyria, cubierto con un sucinto traje de baño, había perdido su palidez original y había adquirido un agradable tono dorado, que aumentaba más su encanto.

—Así parecerás una terrestre más —dijo él, sonriendo.

Sibyria le miró. Era muy feliz.

—Ha empezado el sueño —dijo.

—Sí —convino él, abrazándola de nuevo—. Un sueño que

durará mientras vivamos.

Dagny levantó la vista y miró al cielo. Allá arriba, a muchos años luz de distancia, había seres que suspiraban por un sol como el que ellos disfrutaban.

Pronto lo tendrían, se dijo. Pero ya no sería a costa de la libertad de unos semejantes.

FIN

Próximo número:

LA CAZA

Por

Louis G. Milk

Tenía orden de capturar
a una persona.
Pero esa orden se volvió
contra él mismo.
porque docenas de forajidos desencadenaron
una caza feroz.

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA — Publicación quincenal — 10 PTAS.


RUTAS DEL OESTE — Publicación quincenal — 10 PTAS.



SEIS TIROS — Publicación quincenal — 10 PTAS.


HURACÁN — Publicación quincenal — 10 PTAS.



SIOUX — Publicación quincenal — 10 PTAS.


ESPUELA — Publicación quincenal — 10 PTAS.

GUERRA



HAZAÑAS BELICAS — Publicación quincenal — 10 PTAS.

ANTICIPACION


CIENCIA FICCIÓN — Publicación quincenal — 10 PTAS.


ESPACIO — Publicación quincenal — 10 PTAS.